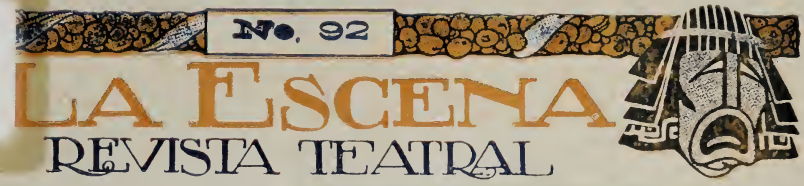


Noche buena

Drama en 3 actos

del Dr.

Victor Perez Petit



Alberto Ballerini

Año III Abril 1 de 1920 Núm. 92

LA ESCENA

REVISTA TEATRAL -- Aparece los Jueves

Dirección y Administración
MONTEVIDEO 421
U. T. 2564 LIBERTAD

Fotógrafo
R. COLISTRO

Administrador
JOSÉ COLETTI

TRILOGÍA MODERNA — 3a. Parte

Noche Buena

Comedia dramática en tres actos, original del Doctor
Victor Pérez Petit
Estrenada la noche del 28 de Mayo de 1914 en el Teatro 18 de Julio de Montevideo

PERSONAJES

Mangacha 27 años	A. Tesada	Mauricio 35 años	N. Freguez
Encarnación 59 años	H. Mancini	Luisito 6 años	Niño de Ramjrez
Rosalía 21 años	M. Ribera	Isabelino 27 años	J. Gómez
Doña María 47 años	R. Catá	Pepa, criada	C. Ramírez
Sara 28 años	G. Ferrandiz	Manuel, criado	P. Acchiardi
Luis Lacaze 54 años	E. Arellano	Un Notario	D. Méndez
Casabal 60 años	P. Aranaz		

NOTA:—Don Luis Lacaze aparece en esta obra completamente hemiplégico del lado derecho del cuerpo. Experimenta también alguna dificultad en el hablar, salvo en el final del 1er. acto en el que, además de llevar su furor a los extremos límites, habla precipitadamente.

ACTO PRIMERO

El comedor en la casa de don Luis Lacaze. Es una severa habitación con empapelado y tapices en tono verde obscuro. Aparador, trinchante, mesa y sillas, estilo Enrique II, algo monumentales y pesados. Araña eléctrica que casi nunca se enciende, pues la luz se da con una gran lámpara, de pantalla verde, colocada en el centro de la mesa. Reloj en una de las paredes. La habitación tiene puertas laterales—las de derecha comunican con el interior de la casa; las de la izquierda conducen a la salida,—y dos sobre el foro, con vidrios y cortinillas, que dan acceso al balcón sobre la calle. Hacia la derecha, una mesa volante y un amplio sillón; a la izquierda, otro sillón.

ESCENA PRIMERA

ENCARNACION Y ROSALIA

(Al alzarse el telón, la escena,—que estará casi a obscuras, pues la lámpara tiene muy baja la luz,—permanece vacía durante un buen espacio de tiempo. De pronto, algo lejano, se oye el cantar gallego, monótono y triste, de la criada que lava la loza en la cocina. Luego, es el silencio otra vez. Al fin, entran por la izquierda Encarnación y Rosalía).

ENCARNACION.—¡Uf! Al fin en nuestra casita. (**Va hacia la mesa y alza la mecha de la lámpara. Semi-claridad. Mientras se quita el sombrero y el abrigo que entregará a Rosalía:**) ¿Qué hará toda esa gente en la plaza, Rosalía?

ROSALIA.—¿Verdad que es extraño? Pues yo no sé, tía.

ENCARNACION.—¿Habrá alguna fiesta, alguna pueblada?.

ROSALIA.—Sí, tal vez; eso ha de ser...

ENCARNACION.—Ahora tenemos mítin y bochinche todos los santos días de Dios. Se conoce que la gente no tiene nada que hacer. (**Transición**). ¿Luis está en su escritorio? (**Mientras Rosalía va a observar por la primera puerta de la derecha, ella se sienta en el sillón de la izquierda, junto a la mesita.**)

ROSALIA.—(**Atisba por la puerta de la derecha**). Sí, está leyendo. (**Observando donde se ha sentado Encarnación**). Pero, ¡tía Encarnación, por Dios! Viene medio sofocada de la calle y se sienta entre puertas! (**Va a cerrar apresuradamente las de la izquierda**). Después no quiere pescarse un resfrío.

ENCARNACION.—Tienes razón, Rosalía. A mi edad son imprudencias estas que pueden pagarse caro. (**Transición**). ¡Que bien ha estado esta noche el padre Antonio! Hace tiempo que no oía un sermón tan serio y tan oportuno.

ROSALIA.—El Padre Antonio y el Padre Miguel, son los que más me gustan. Tienen un modo de expresarse tan claro que cualquiera los entiende enseguida. (**Allá, en la cocina, la criada entona otra copla, que se advierte débilmente**).

ENCARNACION.—A ver, Rosalía; arregla esas sillas en torno de la mesa, que las han dejado a la buena de Dios que es grande. (**Y mientras la joven ejecuta pausadamente lo que se le ha ordenado, prosigue:**) El Padre Miguel es un poco precipitado, habla demasiado ligero. Además, con la bronquitis que le aqueja, no puede alzar mucho la voz. En cambio el Padre Antonio es más reposado... ¡y que bien hace las pausas! Hay momentos en que parece talmente un Redentor.

ROSALIA.—¡Que bien dijo todo aquello sobre el lujo! ¿Verdad?

ENCARNACION.—¿No es cierto? (**Recitando**). "Nuestro Señor Jesucristo hizo sus estaciones, por redimirnos de nuestros pecados, a pie, descalzo y sangrante, con la cruz a cuestas y la corona de espinas en la cabeza; y hoy día, los que se llaman sus fieles, hacen sus estaciones de Semana Santa en cómodos automóviles". ¿No fué así que dijo?

ROSALIA.—Así fué, tía.

ENCARNACION.—En "cómodos y mullidos automóviles". "Mullidos", dijo también el Padre. Cuando pronunció esta sentencia, miré a las de Rocamora para ver la cara que ponían. No pude verlas bien.

ROSALIA.—Se sientan siempre con las de López cerca del confesionario, y allí está muy obscuro.

ENCARNACION.—Para chismear mejor. ¡Dios me perdone! No cesan de conversar durante todo el servicio religioso. ¡Qué falta de respeto! Son como las de Medina, que van a arrodillarse frente al altar de la Inmaculada, mirando para todos lados, como si estuvieran en el teatro... (**La criada entona una tercera copla, que se oye más distintamente. Encarnación se enfurruña de golpe**). ¡A ver esa condenada si se calla la boca de una vez! ¡Que infierno de mujer!

ROSALIA.—(**Asomándose a la segunda puerta de la derecha**). Pepa, que se calle usted. (**Pausa. Luego, imperativamente**). Sí, que se calle la boca.

ENCARNACION.—¡Ni aunque estuviéramos en el mercado o en una fonda! Bueno, Rosalía, vamos a nuestros cominos. ¿Hoy es martes?

ROSALIA.—Martes, sí señora.

ENCARNACION.—Hoy han de venir Doña María y Sarita, que han llegado de Europa. No sé con que las convidaremos. ¿Qué te parece a tí?

ROSALIA.—Con nada, tía. De noche, con nada... No es moda.

ENCARNACION.—Bueno. Mira, endereza la carpeta de esa mesa, que cuelga de aquel lado Tienes razón: no es de moda.

ROSALIA.—(**Mientras ejecuta lo que se le ha dicho:**) Mañana ha de

venir Doña Joaquina.

ENCARNACION.—Cómprale dos docenas de huevos, y que se fije Pepa que se los dé bien frescos, que en los de la vez pasada había algunos malos. ¿De nuestra quinta no los han traído?

ROSALIA.—Anteayer me dijo el capataz que las gallinas no ponen...

ENCARNACION.—Es que se los come él, el muy sinvergüenza. Para eso tenemos quinta: para que la peonada aproveche y nosotros nos veamos privados de todo. Mira tú las papas que nos trajo los otros días...

ROSALIA.—Apropósito, mañana miércoles ha de venir Perico.

ENCARNACION.—Pues le compras diez kilos. ¡Ah!, y le dices que como es eso, que a misia Dolores se las da más baratas que a mí, que soy marchanta vieja... ¡Carambita! ¿Sabes que estoy sintiendo un poco de frío?

ROSALIA.—¿No le dije a usted, tía? Aguarde, voy a traerle la estufa. **(Sale un instante por la derecha).**

ENCARNACION.—Es que deben haber dejado abierta alguna puerta por ahí dentro. ¡Estos demonios de criadas!

ROSALIA.—**(Vuelve a entrar trayendo una estufa de petróleo, encendida, y va a colocarla cerca de Encarnación).** Si viera que abrigadita está su habitación. Da gusto. Ahora, vamos a arreglar esto.

ENCARNACION.—Ya se nos viene el frío encima.

ROSALIA.—También, con estas lluvias...

ENCARNACION.—Mes de Abril, lluvias mil. ¿Vamos a leer el diario, Rosalía? **(Coje una labor sobre la mesa).** Nuestra racioncita de chismes.

ROSALIA.—¿No quiere que le abrigue las espaldas, tiíta?

ENCARNACION.—No ,así estaré bien. A ver, ¿qué cuenta el mentidero?

ROSALIA.—**(Se sienta junto a la mesa grande, después de haber cogido el diario, y se dispone a leer).** ¿La crónica policial, no?

ENCARNACION.—Las defunciones, las defunciones primero...

ROSALIA.—A ver... a ver... Aquí están... Anacleto Rodríguez, María del Carmen L. de Castro....

ENCARNACION.—¿Qué Castro? ¿La de don Miguel? ¡Ah, no! Esa es María Inés...

ROSALIA.—Esta debe ser parienta de los Lavalle... ¿No ve? Justina, Clara, Juan, hijos; Diego....

ENCARNACION.—Sigue, sigue...

ROSALIA.—No hay más. Hoy hay pocos muertos.

ENCARNACION.—Gracias a Dios. Vamos a la crónica policial. A ver que horrores nos depara el siglo de las luces.

ROSALIA.—Aquí está. "El horroroso crimen de ayer". "Padre que apuñalea a su hijo"...

ENCARNACION.—¡Jesús, María y José! **(Persignándose).**

ROSALIA.—"Todos los detalles". "Ayer tarde, en circunstancias en que el vecino Pablo..." **(Timbre).** ¿Han llamado?

ENCARNACION.—Ahí tenemos a las visitas. No nos han dado tiempo. Guarda el diario, mañana leeremos eso. ¡Un padre que apuñalea a su hijo! ¡Mira tú que se ve cada cosa! No pierdas el diario.

ROSALIA.—¿Debo quedarme, tía?

ENCARNACION.—Quédate un momento, así te presento a estas buenas amigas; pero, después de un instante, te levantas con disimulo, y te vas para adentro. ¿Entendido?

ROSALIA.—Está bien, tía.

ENCARNACION.—¡Ah!, y vigila tus palabras; ya sabes que las niñas no se mezclan mucho en la conversación de las personas mayores, ni dan su opinión sobre lo que se discute. Esa es la perfecta urbanidad.

ROSALIA.—Está bien, tía.

ENCARNACION.—Aquí las tenemos ya. **(Viendo entrar a doña María y Sara).** Adelante, adelante. Ya creía que no querían visitarnos ustedes. ¿Cómo están, picaronas?

ESCENA II

DICHOS, Doña MARIA y SARA

Doña MARIA.—Buenas noches, Encarnación. **(Grandes saludos y mues-**

tras de cariño). Que alegría me da encontrarla a usted así tan bien.

SARA.—Si parece que no transcurren los años. ¿Y el señor Luis Lacaze?

ENCARNACION.—Bien, bien. Ahí está el pobre; ahora lo verán. ¿Y tu esposo, Sarita?

SARA.—Mauricio quedó en casa arreglando unos asuntos urgentes. Vendrá luego a buscarnos y a presentarle sus respetos.

ENCARNACION.—Rosalía, acércate; voy a presentarte estas señoras. **(Haciendo las presentaciones).** Doña María Suárez, hermana de Casabal, y su hija Sarita, de quien tanto te he hablado... Son dos buenas y antiguas amigas... Esta es Rosalía, una niña que hemos adoptado, mi hermano Luis y yo. **(Saludos).** Pero, siéntense ustedes. Rosalía, acerca sillas. **(Se sientan todos; Rosalía algo aparte).** ¿Y cómo, cómo les ha ido? ¡Tanto tiempo sin vernos!

Doña MARIA.—¡Ay, déjeme, Doña Encarnación! Si todavía me parece que me dura el mareo del viaje. ¿Quiere creer que cuando estoy en casa me parece que el piso se mueve?

SARA.—Sí, mamá se ha mareado mucho. Yo también me lo he pasado acostada en el camarote. Quien no ha sufrido nada es Mauricio. Es de hierro.

Doña MARIA.—Es de hierro. ¡Y qué carácter, qué servicial, qué oportuno! Le aseguro que mi yerno es una alhaja.

ENCARNACION.—Sí, ya sé que Sarita ha hecho muy buena suerte. Pero, ¿se han divertido mucho?

Doña MARIA.—Muchísimo. Fugúrese usted, hemos recorrido toda la Europa. Hemos estado en París, en Italia y en Suiza. ¡Qué mundo, doña Encarnación! Todo lo que le diga es poco.

SARA.—Hemos visto cuanto había que ver. Mauricio nos ha llevado a todos lados.

Doña MARIA.—¡Qué ciudades! ¡Qué tránsito! ¡Qué cantidad de gente! Esto parece un cementerio después de ver aquello.

SARA.—¡Ay!, yo me encuentro aquí perdida. Mañana mismo me volvería a embarcar para allá.

ENCARNACION.—Pues debían estar cansadas. Hace lo menos cinco años que andan ustedes rodando por Europa.

SARA.—Siete, doña Encarnación; siete años.

Doña MARIA.—Sí, ya teníamos ganas de volver. Extrañábamos mucho esto; queríamos ver a los viejos amigos.

SARA.—Pero, ¡es tan lindo aquello! ¡Si viera que iglesias, que museos, cuántas diversiones! París es un encanto; usted sale a la calle y se marea; usted se mete en una tienda y se pasa allí todo el día...

Doña MARIA.—¡Qué tiendas, doña Encarnación! Allí se encuentra usted de todo. Una tarde, en "Le Printemps", nos perdimos; figúrese usted. Estábamos con Sarita y unas señoras peruanas, que conocíamos de la pensión. Nos habíamos hecho muy amigas.

SARA.—Lo bueno, ès que teníamos establecido reunirnos en la pensión Yo con la señora de Miguel tomamos un coche y nos volvimos a casita. ¡Qué modo de reirnos!

Doña MARIA.—Estuvimos en Roma; visitamos el Vaticano; nos recibió Su Santidad...

ENCARNACION.—¡Ah! ¿Vieron al Santísimo Padre?

Doña MARIA.—Como la vemos a usted. Nos consiguieron tarjetas. Mauricio tuvo que ponerse el frac; nosotras fuímos de mantilla a la cabeza... ¡Qué anciano tan venerable!

SARA.—A mí me dieron un pergamino muy bonito, con indulgencias. Ya se lo mostraré.

Doña MARIA.—Eramos unas cuarenta personas en la audiencia. El Santo Padre nos dió su bendición.

ENCARNACION.—¡Qué dicha! ¡Les dió la bendición!...

SARA.—Roma no me gusta nada; las ruínas son aburridoras. En cambio, Venecia... ¡oh, Venecia!

Doña MARIA.—No sé que le encuentras a tu dichosa Venecia. Una ciudad tan sucia, con tan malos olores....

SARA.—No digas mamá. Mira que aquel paseo por el canal fué divino! ¡Y que palacios! Porque allí, las calles, doña Encarnación, no son como las de aquí; allí es pura agua: en vez de carruajes se emplean góndolas, unas lanchitas grandes....

Doña MARIA.—A mí me gustó más el lago de Como. ¿Te acuerdas cuando subimos al monte Generoso?

SARA.—Eso fué en el lago Lugano, mamá; no confundas.

Doña MARIA.—Es lo mismo. Hemos dado tantas vueltas que ahora me confundo un poco. Pero le aseguro que aquello es sobrenatural.

SARA.—Pero para mí, no hay nada como París. Allí todo es alegría, todo es fiesta....

Doña MARIA.—Un poco demasiado, tal vez. Figúrese, doña Encarnación, que en los cafés, en los hoteles, en el "bois", en todas partes, las "cocottes" se mezclan con las señoras decentes...

ENCARNACION.—**(Vivamente).** Rosalía, ve un poquito ahí dentro, a ver si Luis necesita algo" **(Mutis de Rosalía).**

ESCENA III

DICHOS, menos, ROSALIA

Doña MARIA.—**(Que ha comprendido).** Discúlpeme, doña Encarnación; me había olvidado que estaba esa niña delante.

ENCARNACION.—Sí, hay ciertas cosas que es más conveniente que las señoritas ignoren, ¿no le parece? Ya tienen tiempo de enterarse.

SARA.—¿Y quién es esta niña, doña Encarnación?

ENCARNACION.—Es una pobre huérfana que recogimos hace unos siete años, precisamente al poco tiempo de haberse marchado ustedes para Europa. Ya se acordarán de aquel asunto de Mangacha. A raíz de su fuga de esta casa, el pobre Luis estuvo gravísimo: después de su ataque, quedó semiparalítico, casi inválido. Pero eso no fué lo peor: lo peor fué la postración moral que se adueñó de él. El pobrecito vivía sin sombra.

Doña MARIA.—¡Me figuro! ¡Pobre don Luis!

ENCARNACION.—Ya no sabíamos que hacerle. Cada día declinaba más y más. Al fin, al Padre Luis se le ocurrió recomendarnos a esa niña que acababa de perder a sus padres, quedando sola en el mundo. El padre valía bien poca cosa; era un perdulario, un barrocho, que mató a golpes y a disgustos a su mujer, tan buena y cristiana sin embargo... Entonces hicimos esa obra de caridad. Recogimos a Rosalía.

Doña MARIA.—Parece muy buena, muy sumisa...

ENCARNACION.—Es humilde y agradecida, en efecto. A mí y a Luis nos quiere como a sus verdaderos padres. Luis se ha encariñado mucho con ella. Si continúa portándose bien como hasta ahora, probablemente la adoptaremos y será nuestra heredera.

SARA.—¿Y Mangacha?

ENCARNACION.—¡Cállese usted Sarita! Ese nombre ya no se pronuncia en esta casa. Desde el escándalo que dió con su fuga, provocando la triste situación en que mi hermano se ve, ella ha muerto para nosotros.

Doña MARIA.—¿No han sabido nada de su vida?

ENCARNACION.—Por Casabal sé yo algo. Se ha casado con su raptor, con aquel bandido Sandoval que le transtornó el seso. Viven por ahí, miserablemente, con el sueldito que él tiene de capataz no sé en que usina.... Pero ella lo ha querido. Bastante procuramos todos sacarle de la cabeza esos amoríos. Dios castiga sin palo ni piedra.

SARA.—¡Pobre Mangacha!

ENCARNACION.—No es digno de lástima quien se busca su propio mal, por capricho y desobedeciendo a sus padres. En fin, que se arregle. Luis ya no tiene hija, ni quiere oír hablar de ella. Así, ya están ustedes prevenidas: no le saquen a él nunca esta conversación. Le contrariarían vivamente.

Doña MARIA.—Ha hecho bien en advertirnos, porque sin pensarlo, a veces, puede una cometer una imprudencia. **(Transición).** Y don Luis, ¿se ha respuesto ya del todo?

ENCARNACION.—Poquito a poco. Pero está hecho un viejo. Es mucho más joven que yo y parece tener más años. Da pena verlo.

SARA.—¡Pobre don Luis!

ENCARNACION.—Lo peor es que desde que quedó hemiplégico tiene un genio imposible. ¡Dios me perdone! El, que era tan dulce, tan afable, ahora se irrita por cualquier cosa y arma cada marimorena!

Doña MARIA.—Cosas de la misma enfermedad. Mi cuñado Sebstián, que está como el señor Lacaze, ha echado también un carácter terrible. Hay que tener resignación.

ENCARNACION.—¡Cuidado! Aquí viene.

ESCENA IV

DICHOS, LACAZE y ROSALIA

LACAZE.—(**Apoyándose en el brazo de Rosalía y con la otra mano en un bastón; con la pronunciación peculiar de los hemiplégicos:**) Buenas noches, buenas noches... ¡Cuánto bueno por acá!...

Doña MARIA.—Mi señor don Luis... ¡Qué placer volverse a encontrar! (**Saludos**). ¿Cómo vá esa salud?

LACAZE.—Ya lo vé, doña María, ya lo vé. ¿Cómo estás, Sarita? ¿Tú marido?

SARA.—Mauricio, bien, señor Lacaze; muchas gracias. Ha quedado en casa porque desde que hemos llegado, le han caído algunos disgustos con sus asuntos...

LACAZE.—(**Sentándose en un sillón que le ha alcanzado Rosalía**). Todos son disgustos en la vida, hija mía; pero mientras haya salud, lo demás poco importa. Mírenme ustedes, a mí... ya soy una ruína.

ENCARNACION.—Ya te repondrás del todo, con la ayuda de Dios.

LACAZE.—No, esto se ha acabado. Hace pocos años era todavía un hombre; ahora, ya lo ven... una ruína.

Doña MARIA.—Ahora es cuando debe ser usted más hombre, para sobrellevar los fallos que nos depara la Divina Providencia.

ROSALIA.—(**Con mucho mimo**). ¿Quiere tomar algo, papaíto?

LACAZE.—No, nada. ¿Qué hora es?

ROSALIA.—(**Colocándole un almohadón en el espaldar del asiento**). Las nueve y veinte.

LACAZE.—¿No ha venido Casabal?

ENCARNACION.—No, y es extraño, porque a las nueve siempre está aquí.

Doña MARIA.—¿Siempre tan loco y tarambana?

ENCARNACION.—Está más sosegado. También en él pesan los años.

SARA.—Quien sabe si se anima a salir esta noche. Las calles están medio revueltas con el mitin de los huelguistas.

LACAZE.—¡Ah! ¿Tenemos otra huelga?

ENCARNACION.—Será por eso que al venir de la iglesia hemos visto con Rosalía tanta gente en la plaza.

ROSALIA.—Es verdad, había mucha gente en la plaza. No sabíamos porque era.

LACAZE.—Esto es el cuento de nunca acabar. Y ahora, ¿qué es lo que quieren los señores obreros?

ENCARNACION.—Pues, ¿qué han de querer, hombre? Guerra, guerra a todo lo creado y por crear! ¡Guerra al capital, a la familia, qué sé yo!

LACAZE.—Ya. Esto es el acabóse. Ya no hay respeto ni consideración para nadie. Nadie es dueño de lo suyo. Dentro de poco, los obreros mandarán más que los patrones, y hasta para estornudar tendremos que pedir permiso. ¡Qué tiempos!

ENCARNACION.—¿Qué quieres, Luis? Cuando no se respeta ni la religión, ¿han de respetarse a los particulares?

Doña MARIA.—Para mí que todo esto va a concluir en una degollina general; ya lo verán ustedes. En Europa, tampoco se entienden con los obreros. ¡Vieran que bochinches presenciamos en Barcelona!

SARA.—¡Qué horror! ¡En mi vida me he llevado un susto semejante!

LACAZE.—Si las autoridades no toman medidas, puede que suceda lo que usted dice, doña María. A menos que cada uno defienda lo suyo con un trabuco en la mano. Y a eso tendremos que venir a parar, porque en esta vida el hombre es el lobo del hombre.

ESCENA V

DICHOS y CASABAL

CASABAL.—(**Por la izquierda**). Aquí estoy yo.

LACAZE.—Adelante, Casabal. ¿Cómo vienes tan tarde?

CASABAL.—Aquí estoy yo, pero no veo nada en esta obscuridad. ¿Qué es esto? ¿Están ustedes en oficio de tinieblas? (**Se dirige hacia el conmutador eléctrico y da luz a la araña. Gran claridad**). ¡Ajaja! ¡Hágase la luz, dijo el Señor, y la luz fué hecha! (**Saludando**). Muy buenas noches. (**A Encarnación**). ¿Cómo está, mi irreconciliable enemiga? ¿Siempre de mal humor y haciendo economía de luz? (**A su hermana y a Sara**). Adios, ustedes. Apuesto cualquier cosa a que ya han dado la "lata" con Europa. ¿Qué tal París? ¿Qué tal Venecia? ¿Qué me dicen del monte Generoso? ¿Qué me cuenta de las góndolas?

Doña MARIA.—¡Jesús, que gracioso! Pues cuéntanos tú algo más interesante.

CASABAL.—¡Ay! Yo no he ido a París; pero si hubiera ido, ya contaría cosas, ya. ¡Se iban ustedes a agarrar la cabeza! (**a Lacaze**). ¿Qué tal esas piernas? ¿Todavía no bailamos una furlana? (**A doña María**). ¿Tú no has bailado la furlana delante del Papa?

LACAZE.—Siéntate, hombre, y no empieces con payasadas.

CASABAL.—Pero si esto es un velorio, hijo mío. Hay que dar alguna animación a la tertulia. ¿No ven? Si hasta a mi sobrina (**ahuecando la voz**). la señora doña Sara, la han convertido ustedes en un catafalco... ¿Qué dejas, muchacha, para cuando seas vieja como Encarnación?

LACAZE.—Si te persiguiera la desgracia como a nosotros, íbamos a ver la cara que ponías.

CASABAL.—Pues pondría cara de fiesta; porque, vamos a ver, ¿qué remedia un cristiano con malhumorarse? Sufrir con la desgracia y sufrir con el mal humor. Dos calamidades. Pues, no señor; a mi, cuando algo me contraría, empiezo a reirme solo: así, por lo menos, no me enveneno la sangre.

ENCARNACION.—Le cayera a usted un simple dolor de muelas y veríamos si le quedaban ganas de reirse.

CASABAL.—Pero, ¿cómo quiere usted que me duelan las muelas si no me queda ni una?

SARA.—La verdad es que tío está muy desmejorado.

CASABAL.—Eso lo dices tú, porque has subido en funicular al monte Generoso y te crees con derecho a despreciar todo lo de esta tierra; pero hay algunas muchachas aquí que no le harían tantos remilgos a este palmito.

Doña MARIA.—Sí, no ves tú que aquí las mujeres están desesperadas por casarse.

CASABAL.—La mujer rabia por casarse y el hombre por haberse casado. La mujer es el bicho más agradable y venenoso de la creación.

SARA.—Ese es un pensamiento como para una tarjeta postal.

ENCARNACION.—Rosalia, podías ir un momentito adentro. (**Mutis de Rosalía.**)

ESCENA VI

DICHOS, menos, ROSALIA

CASABAL.—¿Por qué echa usted de aquí a esa muchacha?

ENCARNACION.—(**Con retintín**). "Esa muchacha", como usted dice, es casi nuestra hija...

CASABAL.—¿Casi hija? Las hijas son hijas por entero y no a medias.

LACAZE.—Si vas a empezar con tonterías, mejor es que te calles, Casabal.

ENCARNACION.—Y como a hija, debemos educarla. Rosalía no debe oir ciertas conversaciones, y la de usted ya no iba siendo muy correcta.

CASABAL.—Pues aunque usted no quiera, la chica aprenderá todo lo que tenga que aprender. Cuanto más se aísle a una criatura, más se empeña ésta en adivinar lo que quiere ocultársele.

Doña MARIA.—No sabes lo que dices.

CASABAL.—¿Cómo, no sé lo que digo? Pregúntale a tu hija, a ver si antes de casarse ya no sabía todo cuanto le hacía falta.

SARA.—¡Tío, por favor!

CASABAL.—Pregúntale, pregúntale... Pues lo mismo le sucederá a "esa" muchacha...

ENCARNACION.—¿Me hace usted el favor de no decir más "esa muchacha"?

CASABAL.—Bueno, ya que me lo pide usted de favor, le haré el gusto. Pero lo mismo da "esa muchacha" o "esa Rosalía"...

LACAZE.—Es que lo despreciativo está en el pronombre. ¿Por qué siempre que hablas de ella, dices: "esa"?

CASABAL.—Digo "esa" porque no es "esta". (**señalando a Sara**). ¿O te figuras tú que yo no sé gramática?

LACAZE.—Lo que veo es que no debes tratar con despego a una criatura que yo considero como hija.

CASABAL.—Tú trátala como quieras...

LACAZE.—(**Irritado**). Basta ya.

CASABAL.—Bueno, basta.

Doña MARIA.—¿Y el amigo Moreno? ¿Ya no viene por aquí?

ENCARNACION.—Pero, ¿no lo sabía usted? El pobrecito ha muerto.

Doña MARIA.—¿Qué me cuenta? ¿Ha muerto Moreno?

ENCARNACION.—Hace tiempo ya. ¡Ay!, todo se va con los años... ¿Recuerda usted misia María, nuestro reloj, aquel San Jorge que teníamos sobre el escritorio de Luis? Todavía me parece que veo a Moreno llegar por la noche a nuestra tertulia de amigos, el primero siempre, puntual como ninguno, y detenerse en el umbral de la puerta, con su reloj en la mano; "Las nueve en punto, ni un minuto más ni un minuto menos... Buenas noches, Encarnación; soy el primero que llega, ¿verdad?"—Era siempre el primero y el más constante, así cayeran chuzas. Y después, con su pasito algo vacilante se acercaba a la mesa donde se hallaba San Jorge y comparaba los dos relojes:—"Las nueve en punto, también... Hace años que nos damos la hora con San Jorge. Estas son máquinas de ley, amiga mía; ya no se fabrican así".—(**Breve pausa. Con sincera emoción, secándose furtivamente una lágrima:**) ¡Pobre Moreno! ¡Pobre San Jorge! El viejo amigo ya se nos fué; y el reloj ya no anda. Máquinas y hombres, todo se desgasta, todo se va...

LACAZE.—(**Como un eco, dolorosamente**). Todo se desgasta, todo se va... (**Un silencio**).

CASABAL.—(**A Encarnación**). Bueno, pues si lo que usted quería era ponernos tristes, ya lo ha conseguido. Henos aquí como unos enterradores: "todo se desgasta, todo se va". ¡Pues, sí, señor!... todo se desgasta, todo se va, y todo se pudre también, ¡vaya un descubrimiento! Hace siglos que eso sucede sobre la tierra, y dentro de muchos años todavía saldrá diciendo algún otro a quien se le haya muerto un amigo o roto el reloj: "todo se desgasta, todo se vá". Pues frescos estarían los relojeros si los relojes no se descangallaran nunca, y divertidos estaríamos nosotros si no se nos muriera de cuando en cuando algún amigo, para acompañarlo al cementerio!

SARA.—¡Pero, tío!

Doña MARIA.—¡Qué modo de disparatar!

CASABAL.—¿Qué sabes tú? ¿No es mejor ir al entierro de un amigo, que no el amigo vaya a nuestro entierro? ¡Hay alguna diferencia!

ENCARNACION.—Eso es hablar con el más torpe de los egoísmos. Yo confieso que preferiría morirme antes que todos los seres que me son queridos.

CASABAL.—Pues, muérase usted de una vez, si tiene gana, y déjeme en paz. Yo estoy bien así, vivito y coleando.

ENCARNACION.—Eso es lo que usted quisiera, que yo me muriera.

CASABAL.—No, yo no; es usted la que dice que quisiera morirse. Conque resuélvase usted de una vez, y le prometo ponerme luto en el sombrero.

LACAZE.—¿Acabarás de disparartar, Casabal?

CASABAL.—¿Quién disparata, yo?

LACAZE.—Tú, sí, como siempre. Y ya nos tienes hartos. Con estas cosas no se juega.

CASABAL.—Yo no juego; hago filosofía.

LACAZE.—Tú no sabes lo que es filosofía.

CASABAL.—¿Que yo no sé lo que es filosofía?

LACAZE.—No sabes nada. Basta.

CASABAL.—Yo sé un poco de todo. Sé hasta latín. He aprendido el latín.

LACAZE.—Y sabes ser pesado e inoportuno: esa es mi opinión.

CASABAL.—Pues tu opinión me importa un rábano.

LACAZE.—(**Irritándose**). Eso demuestra que eres una persona muy bien educada.

CASABAL.—(**Poniéndose enfrente**). He sido educado por los PP. Jesuitas.

LACAZE.—No se conoce.

CASABAL.—Al contrario, se conoce muy bien.

LACAZE.—¿Qué quieres decir con eso? (**poniéndose de pie**)

CASABAL.—No quiero decir nada.

LACAZE.—¿No quieres decir nada?

CASABAL.—¡No!

LACAZE.—(**Más irritado**). ¿No quieres decir nada?

CASABAL.—¡No!

LACAZE.—Bueno, pues no tienes sentido común!

CASABAL.—¡Claro, que no tengo sentido común!

LACAZE.—(**Frente a frente**). ¡No!

CASABAL.—(**Idem**). ¡No!

LACAZE.—(**Golpeando con el bastón**). ¿Y con eso?

CASABAL.—¿Y con eso?

LACAZE.—Bueno.

CASABAL.—¡Ah!

LACAZE.—Muy bien. (**Se separan**).

ENCARNACION.—¡Vaya! ¿A qué viene esa discusión? Parecen ustedes dos gallos ingleses. (**A Casabal**). Deje usted en paz a Luis.

Doña MARIA.—Es ganas de molestar a las personas.

CASABAL.—(**Volviéndose hacia Lacaze, que se ha sentado otra vez, afectuosâmente**). Vamos, mi viejo amigo; discúlpeme si te he hecho irritar. Ya sabes que te quiero bien.

LACAZE.—(**Todavía hosco**). Ya, ya. Pero eres muy pesado.

ESCENA VII

DICHOS y MAURICIO

MAURICIO.—(**Por la izquierda**). Muy buenas noches, señores. (**Saludos**).

SARA.—Aquí está mi maridito.

Doña MARIA.—¿Cómo ha demorado tanto, Mauricio?

MAURICIO.—Me entretuve con mis papelotes. Pero, ¿han visto qué fandango hay en la plaza?

ENCARNACION.—¿Qué es lo que hay? (**Casabal va a mirar por la ventana**).

MAURICIO.—Está llena de gente. Parece que los huelguista quieren celebrar un mitin y la autoridad no les da permiso.

CASABAL.—Cierto, hay un mundo de gente.

SARA.—A ver, a ver (**Va también hacia la ventana**).

CASABAL.—Pues si se empeñan en realizar el mitin contra la voluntad de la policía, van a llevar palo.

SARA.—¡Jesús, que hormiguero! Mira, mamá.(**Doña María va a ver, así como doña Encarnación. En este instante se oye un sordo murmullo de la multitud**).

Doña MARIA.—¡Ay, qué miedo! Vámonos, Mauricio. Hemos hecho mal en salir esta noche.

MAURICIO.—Sí, me parece lo más prudente que nos retiremos por una de las calles laterales, cuanto antes. La cosa está fea.

SARA.—Vamos, vamos. ¡Qué miedo, Dios mío!

LACAZE—¿Por qué no esperan a que pase el barullo?

Doña MARIA.—¿Y quién sabe cuando podrá concluir todo esto? No; mejor es que nos vayamos. No debiéramos haber salido...

SARA.—Sí, es mejor que nos retiremos. Vámonos, Mauricio, vámonos. (**Se despiden y salen precipitadamente, acompañadas por Encarnación hasta la puerta, la cual volverá a entrar enseguida con Isabelino**).

ENCARNACION.—Buenas noches, buenas noches. Tienen razón. Vá-

yanse ligerito. Tengan mucho cuidado... Adios, adios. (**Una pausa**). ¿Quién es? ¡Ah!, sí; pasa, pasa, Isabelino.

ESCENA VIII

LACAZE, CASABAL, ENCARNACION e ISABELINO, luego ROSALIA

ISABELINO.—(**Que no es tonto, pero lo parece**). Muy buenas noches tengan ustedes. ¿Cómo está, misia Encarnación? Papá me manda a recoger noticias del Dr. Lacaze. ¿Cómo está, señor Lacaze?

LACAZE.—Aquí vamos, Isabelino. ¿Don Ramón y doña Paula?

ISABELINO.—Papá, precisamente, no está muy bien; hoy, precisamente, ha sentido un poco el reumatismo en la pierna: dice que el tiempo va a cambiar. Mamá, sí, está buena, gracias a Dios.

ENCARNACION.—Siéntate, Isabelino.

ISABELINO.—No, señora, muchas gracias; vengo de pasada no más, y me voy enseguidita porque, precisamente, he visto en la calle mucha gente y puede haber barullo....

LACAZE.—Es verdad; dicen que hay una manifestación....

CASABAL.—(**Que ha permanecido junto a la ventana**). "Precisamente", por allá enfrente han aparecido los del Escuadrón de Seguridad.

ISABELINO.—Buenas noches, señor Casabal...

CASABAL.—Adios, muchacho.

ISABELINO.—Discúlpeme usted, señor Casabal, no le había visto para ofrecerle mis respeto. ¿La salud buena?

CASABAL.—Buena, hijo mío; "precisamente", hoy la tengo muy buena.

ISABELINO.—Pues, como decía, misia Encarnación; mamá me manda para que le diga que siendo mañana, precisamente, el día de San Epifanio, que es el día de la fundación del Asilo, quería salir, precisamente, a hacer la colecta con las damas católicas, y como, precisamente, es usted la Presidenta...

ENCARNACION.—Comprendido. Quisiera que le acompañara, ¿no es eso?

ISABELINO.—Precisamente....

ENCARNACION.—Pues dile a doña Paula que tendré mucho gusto. ¿A qué hora?

ISABELINO.—A las dos de la tarde, si no le es molesto, vendrá a buscarla en carruaje con las otras damas....

ENCARNACION.—Convenido; a las dos las espero aquí...

ISABELINO.—¿Y la señora Rosalía? Quería interesarme por su salud....

ENCARNACION.—Buena está; voy a llamarla...

ISABELINO.—No se moleste usted, doña Encarnación; no la moleste usted... Estará ocupada en sus menesteres...

ENCARNACION.—(**Llamando**). Rosalía! Rosalía! (**a Isabelino**). No es molestia... Tendrá mucho gusto en saludarte antes que te vayas.

ISABELINO.—El honor será para mí...

ROSALIA.—(**Saliendo**). ¿Qué hay, tía? (**Viendo a Isabelino se queda como cortada**). ¡Ah!

ENCARNACION.—Saluda a Isabelino, muchacha.

ISABELINO.—Buenas noches, señorita Rosalía.

ROSALIA.—Buenas noches, señor Isabelino.

LACAZE.—¿Vamos? ¿Tienen ustedes miedo de darse la mano? A ver, Isabelino...

ISABELINO.—(**Avanzando hacia Rosalía**). Sí, doctor Lacaze... Precisamente, yo quería... ¿Cómo está señorita?

ROSALIA.—¿Su papá? ¿Su mamá?

ISABELINO.—Papá no está bien. Hoy, precisamente...

CASABAL.—(**Interrumpiéndolo**). ...hoy "precisamente", ha sentido un poco el reumatismo de la pierna; ya lo has dicho, muchacho...

ENCARNACION.—¡Casabal!

ISABELINO.—Es verdad, ya lo dije; perdonen ustedes... Pero como soy algo corto... les pido mil disculpas...

ROSALIA.—¿Cuándo tendremos el gusto de ver a su mamá por aquí, Isabelino?

ISABELINO.—Mañana, mañana tendrá mamá el honor de visitar a ustedes para... (vacilando) ya lo dije a doña Encarnación...

ENCARNACION.—Mañana es el día de la colecta para el Asilo.

ROSALIA.—¡Ah, muy bien! ¿Y a usted como le va de estudios?

ISABELINO.—Muy bien, señorita Rosalía... En Julio termino mi carrera. Estoy muy contento; mis padres también lo están...

LACAZE.—Tienen de qué. Pueden estar orgulosos de su hijo.

ISABELINO.—Usted me confunde doctor Lacaze; es usted demasiado bueno conmigo. Bueno, entonces, si ustedes no tienen otra cosa que mandar, yo voy a retirarme...

CASABAL.—Haces bien, muchacho; es hora de ir a la cama.

ENCARNACION.—Vete, sí, que la noche no está para andar por las calles.

LACAZE.—Doblando aquí por la esquina, evitarás el tumulto de la plaza.

ISABELINO.—Tienen ustedes razón. Me voy a escape. Bueno, adiosito. Que ustedes se conserven bien. Doña Encarnación, soy su más humilde servidor... Doctor Lacaze, que se conserve usted bien... Buenas noches, señor Casabal... Señorita... Soy su más humilde servidor...

ROSALIA.—Hasta muy pronto, señor Isabelino...

ISABELINO.—Eso es, hasta muy pronto... precisamente... no se molesten ustedes... Muchas gracias. (Váse).

ENCARNACION.—¡Qué criatura más bien educada!

ESCENA IX

LACAZE, ENCARNACION, CASABAL y ROSALIA

LACAZE.—Parece que tengo un poco de frío en las piernas.

ROSALIA.—Aguarde usted; voy a abrigárselas. (Sale un momento).

CASABAL.—(Oyendo un gran murmullo en la plaza). ¿Y ahora? ¿Qué sucede por ahí? (Mirando por la ventana). ¡Santo Dios! ¡Qué disparada!

LACAZE.—Estarán despejando la plaza.

ENCARNACION.—(Desde la otra ventana). Mire, Casabal, como se arremolina la gente. (Crecen los murmullos y se oyen, distantes, algunos silbidos).

CASABAL.—Esto va a concluir mal. Los soldados quieren disolver los grupos; pero la gente se reúne por otro lado...

LACAZE.—La historia de siempre. Nadie quiere respetar a la autoridad, y después la autoridad, a su turno, empieza a hacer barbaridades.

CASABAL.—¿Quieres ver? Es un espectáculo curioso. (Nuevos murmullos y gritos).

LACAZE.—No tengo interés.

ROSALIA.—(Trae una manta con la cual arropa las piernas de Lacaze). Vamos a ver si con esto le sacamos el frío a papaíto.

ENCARNACION.—(Apartándose de la ventana y viniendo hacia Lacaze). ¡Ay! ¡Qué horror! ¡Van a matarse!

CASABAL.—¡La carga, Luis, la carga! ¡Jesús, que atrocidad!

LACAZE.—Déjalos. Si estuvieran en sus casas no les pasaría nada.

CASABAL.—Pero, ¡qué atrocidad! Atropellan la multitud con los caballos. Harán una hecatombe.

ROSALIA.—(Que ha corrido hacia la ventana para ver). ¡Ay, Madre Santa! ¿Qué es esto! Todos corren hacia este lado... (Bruscamente, a Encarnación). ¿Está cerrada la puerta de calle?

ENCARNACION.—¡Es verdad! Salieron nuestros amigos y no sé si habrán cerrado...

ROSALIA.—(Yendo hacia la segunda puerta de la derecha). ¡Pepa! ¡Pepa! Ligerito! vaya a ver la puerta de calle y ciérrela bien, si está abierta. Pero, muévase, mujer; corra, le digo...

CASABAL.—¡Párense, hombres! ¡No sean bárbaros! (Gran tumulto).

ENCARNACION.—¡No habérseme ocurrido antes; qué descuido!

LACAZE.—¿Qué hay, qué ruido es ese?

CASABAL.—(Pasando a la izquierda). ¿Qué pasa, qué significa?

VOZ DE PEPA.—(Dentro). ¡Señorita, señorita!

ROSALIA.—A ver... a ver... (Sale un instante por la izquierda).

LACAZE.—Casabal, hazme el favor. A ver que sucede por ahí...

CASABAL.—Voy, voy. (**Mutis**).

ESCENA X

LACAZE y ENCARNACION; enseguida, CASABAL y ROSALIA

ENCARNACION.—(**Que ha ido hacia el balcón**). En la plaza no queda ni un alma. La han despejado por completo.

LACAZE.—Sí, pero ese rumor en la escalera... ¿Qué puede ser?

ENCARNACION.—(**Va hacia la puerta de la izquierda**). Ahí viene Rosalía. ¿Qué pasa? ¿Qué es ese ruído?

ROSALIA.—Habían dejado la puerta de calle abierta y se nos ha llenado el zaguán de gente. Pepa no se ha atrevido a bajar. Ahí están todos amontonados; no se ve nada.

LACAZE.—Son los manifestantes que huyeron de la carga. Ya se irán. No es nada.

ROSALIA.—El señor Casabal bajó a ver.

ENCARNACION.—¡Qué descuido !¡No habérseme ocurrido cerrar la puerta!

LACAZE.—No es nada; ya se marcharán.

ENCARNACION.—Todavía estoy temblando.....

ROSALIA.—¿Quiere que le traiga un poquito de agua de azahar, tía?

ENCARNACION.—No, no; no es nada. Ya pasó.

LACAZE.—Mayor susto lo habrán llevado los que se guarecieron en el zaguán. Así no se meterán en otra. (**Viendo entrar a Casabal**). ¿Se han marchado?

CASABAL.—No; hay dos heridos. Están ahí.

ENCARNACION.—¡Dos heridos! ¿Cómo?

CASABAL.—Uno tiene un sablazo en la cabeza; el otro está desmayado y no vuelve en sí; deben haberlo pisado los caballos...

LACAZE.—Pues que los venga a buscar la Asistencia Pública...

CASABAL.—Eso es lo que he dicho; pero hay uno de ellos que debería ser atendido aquí...

LACAZE.—¿Está muy grave? Que lo suban al vestíbulo y después veremos lo que se hace.

CASABAL.—Es que...

LACAZE.—¿Qué hay? Habla, Casabal.

CASABAL.—Es que ese herido es... el marido de Mangacha.

ENCARNACION.—¡Ay, Jesús de mi alma!

LACAZE.—(**Poniéndose de pie**). ¡Casabal! (**Un instante de trágico silencio**).

CASABAL.—(**Disponiéndose a salir**). Voy a decir que lo suban con cuidado.

LACAZE.—(**Breve y adustamente**). ¡Casabal! Que se lleven a ese herido cuanto antes. En esta casa no puede atendérsele.

CASABAL.—¡Luis! Reflexiona lo que haces.

LACAZE.—He dicho, que se lo lleven.

CASABAL.—Mira, Luis ,que no eres humano. Está mal herido; podría morir...

LACAZE.—Basta, Casabal, que se cumpla mi voluntad.

CASABAL.—Es el marido de tu hija...

LACAZE.—(**Terrible**). ¿Qué has dicho Casabal? ¿Qué te has atrevido a decir? ¿De qué hija me hablas tú? Yo no tengo hija, demasiado lo sabes, Casabal!

ENCARNACION.—Cálmate, Luis; siéntate...

ROSALIA.—Papá querido...

CASABAL.—(**Avanzando hacia Lacaze**). Perdóname, amigo mío; yo no quiero disgustarte. Comprendo tu exaltación. Pero te ruego que te calmes; te ruego que reflexiones...

LACAZE.—Basta, basta ya!

CASABAL.—A un perro no se le rechazaría así; es un hombre que puede morir si no se le atiende a tiempo.

LACAZE.—Que le atiendan en otro lado. Aquí no puede ser.

CASABAL.—Vamos, Encarnación; yo le suplico a usted que una sus ruegos a los míos...

ENCARNACION.—A ver, Luis, si es posible... si fuera posible...

LACAZE.—(**Exaltándose por grados**). ¿Cómo? ¿Tú también estás contra mí? ¿Todos están entonces en contra mía?

ENCARNACION.—No, yo... te digo...

LACAZE.—¡Silencio todos! No quiero oir una palabra más. ¡Ni una palabra más! ¡Que saquen a ese hombre inmediatamente de mi casa! Quien trajo aquí la vergüenza y la deshonra, no puede respirar ni un minuto más bajo este techo. ¡Aquí no puede haber amparo para los que me han desamparado! ¿Lo han oído ustedes? ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

CASABAL.—Está bien; se respetará tu voluntad; pero me vas a tolerar que te diga, Luis, que te creía hombre de más noble corazón, y mejor cristiano también.

LACAZE.—¿Han tenido ellos corazón conmigo? ¿No han jugado con mi vida, y con mi honor? ¿No me han manchado con su escándalo? ¿Por qué he de tener piedad con los que me han llenado de dolor y de desesperación?

CASABAL.—Porque tú debes ser superior a ellos; porque en tí hay la madurez de juicio que en unas criaturas no podía haber; porque tú eres un buen cristiano y todo buen cristiano debe saber pedonar.

LACAZE.—¡No! ¡Mil veces no! En mí no hay perdón, en mí no hay bondad, en mí no hay olvido: ¡Todo lo han muerto en mí! Seré un mal hombre; seré un mal cristiano; seré un mónstruo; pero ellos mismos — ¡los canallas! — son los que me han convertido en eso, en un mónstruo, en un mal hombre, en un miserable que no sabe respetar la piedad que le impone su Dios! ¡Que salga ese hombre de aquí! ¡Inmediatamente!

CASABAL.—Escúchame, Luis...

LACAZE.—¡Fuera! ¡Fuera! Que se lo lleven donde quiera; pero que se lo lleven! ¡Fuera, he dicho!

ENCARNACION.—¡Cálmate, Luis!

ROSALIA.—¡Papaíto querido!

LACAZE.—¡Malditos! ¡Perros! ¡Perros malditos! ¡Que sufran lo que yo he sufrido; que se retuerzan de dolor; que babeen de rabia; que se mueran desesperados, sin un consuelo, sin un perdón!

CASABAL.—(**Con grande energía**). ¡Basta, Luis! ¡Te mando que te calles!

LACAZE.—(**En el colmo del furor**): ¡Y yo te mando que salgas tú también de aquí! ¡Aquí mando yo! ¡Fuera! ¡Todos fuera! ¡Quiero estar solo! ¡No quiero ver a nadie! ¡A nadie! ¡Solo, solo! ¡Cómo un miserable, cómo un perro a quien todos han castigado, a quien todos desprecian, a quien todos persiguen a patadas! ¡Yo no tengo a nadie! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que sean malditos los dos; que sean malditos, malditos, malditos!... (**temblando de ira, ahogado por el llanto, sacudido quién sabe porque inconsciente ráfaga de escondido cariño, se desploma en el sillón, rodeado por la solicitud de las dos mujeres que en vano han querido apaciguarlo con sus gestos, mientras Casabal se retira en silencio, pensativo**).

TELON

ACTO SEGUNDO

Es de noche. La habitación, iluminada por la lámpara solamente.

ESCENA PRIMERA

ENCARNACION y ROSALIA

(Al levantarse el telón, Encarnación dormita sentada junto a la estufa, mientras Rosalía, en otra silla, hace una labor de mano. Hay un instante de quietud y de silencio. De pronto, Rosalía, que ha advertido algún rumor, alza la cabeza, deja su labor, se levanta y sale rápidamente por la derecha. Al cabo de un instante, vuelve otra vez).

ENCARNACION.—(Despertando). ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

ROSALIA.—Nada. Creí que papaíto había llamado; pero no. está descansando. ¿Por qué no se acuesta, tía?

ENCARNACION.—No, estoy bien; ya despunté el vicio, echando un sueñito.

ROSALIA.—Va a tomar frío si se duerme así en el sillón. Váyase a descansar, que buena falta le hace.

ENCARNACION.—Te digo que no. muchacha...

ROSALIA.—Hoy se ha levantado tan temprano; desde hace unos días no para usted; concluirá por enfermarse. Hágame caso, tiíta; acuéstese usted, se lo ruego.

ENCARNACION.—¡Y dale! Te repito que no tengo necesidad. Por otra parte, me parece que si yo no acompaño también a Luis...

ROSALIA.—Si ya no hace falta, tía Encarna. ¿No está fuera de peligro? ¿No nos ha dicho hoy el médico que podíamos estar sin cuidado? Ahora empezará a reponerse rápidamente....

ENCARNACION.—¡Así lo quiera Dios! ¡Pobre Luis! ¡No creí que salvara de esta!

ROSALIA.—Pues ya ve usted que Dios no ha querido que sucediera esa gran desgracia. (Timbre). ¿Han llamado? ¿Quién será?

ENCARNACION.—Casabal a de ser. El pobre anda también sin sombra. Le parece que en este trance, a él le cabe en parte la culpa.

ROSALIA.—De nadie es la culpa, sino de la fatalidad. Mire usted si no es cosa combinada por el diablo que ese hombre viniera a caer herido en esta casa!

ENCARNACION.—Sí, la casualidad nos brinda a veces esos chascos. ¿Y qué ha sido de él, Rosalía? ¿No te ha dicho nada Casabal? Yo no he querido preguntárselo.

ROSALIA.—Sí tía; me lo dijo los otros días. Creía que usted supiera la noticia. Murió al día siguiente del suceso.

ENCARNACION.—Murió Sandoval! Dios le haya perdonado sus pecados....

ROSALIA.—La herida no era nada, según parece; lo grave eran las contusiones internas que había recibido...

ENCARNACION.—Así acaban todos estos anarquistas... En fin... Voy a ver a Luis un momentito. A ver quien ha llamado, y avísame en todo caso. (Mutis).

ESCENA II

ROSALIA e ISABELINO

ROSALIA.—(Que ha ido hasta la puerta de la izquierda). ¡Ah! ¿Es usted, Isabelino? Pase, pase usted.

ISABELINO.—Buenas noches. ¿Cómo está, señorita Rosalía? ¿El doctor Lacaze ya va mejor?

ROSALIA.—Ya está fuera de peligro. Siéntese. ¿Por casa, todos buenos?

ISABELINO.—Todos buenos, muchas gracias. Les mandan muchos recuerdos; y como, precisamente, tenía que pasar por acá, me encargaron que subiera a preguntar por el doctor Lacaze. (Un silencio). ¿Muchas tareas, por supuesto?

ROSALIA.—Ya puede usted figurarse, cuando hay enfermos...

ISABELINO.—¡Claro! Cuando hay enfermos... Y usted que es el todo en esta casa...

ROSALIA.—No tanto; cumplo con mi obligación, nada más...

ISABELINO.—Eso dice usted, por modestia; pero yo sé lo que es usted aquí. En casa hablamos muy a menudo de usted. Papá y mamá la quieren a usted mucho; dicen que es muy buena, muy hacendosa... Hoy, precisamente, decía papá que sin usted, quién sabe cómo se habría arreglado misia Encarnación en trance tan amargo.

ROSALIA.—No crea; tía tiene mucho ánimo; está fuerte todavía...

ISABELINO.—Sí, pero en una casa siempre hace falta una joven como usted, trabajadora, buena, cariñosa... y linda.

ROSALIA.—¡Oh! Sobre todo, linda! ¡Qué gracioso es usted!

ISABELINO.—¿Nadie se lo ha dicho?

ROSALIA.—¿Que soy linda? ¿Quién va a decírmelo, si no es cierto?
ISABELINO.—Pues se lo digo yo...
ROSALIA.—Usted porque es muy amable, o porque quiere reirse de mí.
ISABELINO.—No diga usted eso. Precisamente, yo se lo digo porque es la verdad. Y vé, hace tiempo que quería decírselo. Yo no sé si usted habrá notado...
ROSALIA.—¿Qué cosa?
ISABELINO.—En fin, eso, ¿me comprende?
ROSALIA.—Pero, ¿qué cosa?
ISABELINO.—Vamos, que usted me gústa, que yo la quiero... **(Silencio).** ¿Se ha ofendido?
ROSALIA.—¿Yo? ¿Por qué?
ISABELINO.—Entonces, ¿usted podrá quererme a mí también?... **(Pausa).** ¿No me contesta? ¿Me he equivocado?
ROSALIA.—No, no se ha equivocado...
ISABELINO.—¡Ah, gracias! ¡Qué feliz me hace usted! Vea, hace tiempo que deseaba hablarle. En casa todos me decían: "anímate"; pero, precisamente, eso era lo difícil, animarse. Porque ha de saber usted que papá y mamá verían gustosos nuestro casamiento...
ROSALIA.—Aquí también, papaíto y tía siempre me dan bromas con usted.
ISABELINO.—¡Ah, sí! ¿De veras? ¿Qué me cuenta?
ROSALIA.—¡Cada vez que usted viene, es una de preguntas! Qué te ha dicho; que cuando se decide; que cuando se comen los bombones de la boda... ¡Qué sé yo cuantas locuras!
ISABELINO.—¡Que bueno es el doctor Lacaze! ¡Y tan serio como parece! ¿A usted la quiere mucho, verdad?
ROSALIA.—Como si fuera su propia hija.
ISABELINO.—¡Y claro! Si no tiene más que a usted en el mundo... Porque la otra, ya sabe usted la figura que hizo...
ROSALIA.—No quiere oir hablar de ella... Y tiene razón; por ella se ve como se ve, completamente inválido. ¿Sabrá usted que va a hacer testamento y que la desheredará?
ISABELINO.—¿Ah, sí? Era de esperarse.
ROSALIA.—Esta tarde oí una conversación entre papaíto y tía. Han mandado buscar al Escribano.
ISABELINO.—Por su puesto, usted será la heredera; ni que hablar...
ROSALIA.—Sí... es decir, creo que sí...
ISABELINO.—¿Y cómo habría de ser de otro modo? Es lo que dicen precisamente papá y mamá... "serían unos ingratos si no se acordaran de Rosalía". Ya ve usted.
ROSALIA.—Sí, yo creo que papaíto quiere hacerme... ¿cómo se dice? ...¡Ah, sí!... una donación, eso es, una donación en vida, por causa de matrimonio, de las casas de la calle Bartolomé Mitre... Parece que eso evitaría cualquier pleito, hoy o mañana, al abrirse la sucesión...
ISABELINO.—¡Ah, muy bien! Algo de eso he oído también a papá. Sin duda han hablado el doctor Lacaze y él.
ROSALIA.—Así que ya ve, no tengo más remedio que casarme.
ISABELINO.—Es usted un angel... **(Timbre).**
ROSALIA.—Han llamado...
ISABELINO.—Yo me voy. Ofrezca mis respectos a misia Encarnación y dígale que venía de apuro, que por eso no me he detenido. ¡Ah! Y le hablaré a papá y mamá de esta conversación, así ellos dan los pasos necesarios... Muy buenas noches. **(Sale en el momento en que entra doña María y Mauricio).**

ESCENA III

ROSALIA, Doña MARIA, MAURICIO; enseguida, ENCARNACION

ROSALIA.—Adelante, doña María.
Doña MARIA.—¿Qué tal, qué tal, picarona? ¿De palique con el novio, eh?
MAURICIO.—¿Cómo está usted? ¡Qué pillada le hemos hecho!
ROSALIA.—¡Oh, no! Las apariencias engañan. El joven Isabelino vino a preguntar por la salud de papaito. Pero, pasen ustedes.

ENCARNACION.—(Saliendo). ¡Cuanto de bueno por acá! (Saludos). ¿Cómo está, Mauricio? ¿Cómo está, misia María?

Doña MARIA.—Ya lo ve. A recoger noticias del enfermo.

ENCARNACION.—Ya está fuera de peligro, gracias a Dios. Hoy le ha permitido el médico que se levantara. Pero, está abusando; no quiere acostarse, y ya ve, me parece que es hora.

MAURICIO.—¡Quién iba a sospechar aquella noche que estuvimos aquí, que algunos momentos después le sucedería esto!

ENCARNACION.—Fué la tremenda impresión que recibió en ese suceso de Sandoval. Si ustedes lo hubieran visto! Estaba loco de furor. Nosotros no sabíamos como calmarlo.

Doña MARIA.—Sí, Casabal nos ha contado. Pero, según parece ,el ataque no le dió enseguida...

ENCARNACION.—Pasó la noche sin dormir, muy agitado; pero nada más. Fué al día siguiente, solamente, a la hora del almuerzo cuando empezó a quejarse de pesadez en la cabeza. Estábamos en los postres cuando le dió el ataque. Cayó de golpe, así, sobre la mesa, cómo herido del rayo.

ROSALIA.—¡Ay! ¡Qué momentos pasamos, Vírgen santísima! ¡Todavía estoy en un temblor!

ENCARNACION.—Yo estaba como azonzada; no atinaba a hacer nada ...Gracias a Rosalía, que hizo llamar la Asistencia por teléfono, y que lo trasladó a Luis a la cama y le prestó los primeros cuidados... ¡Pobrecita! Se ha portado muy bien esta niña.

ROSALIA.—¡Ave María, tía! No hice nada de particular... Y aunque lo hubiera hecho... Ustedes son mis verdaderos padres; todo lo que soy se lo debo a ustedes... Es gratitud.

MAURICIO.—¿Y el doctor, qué dice ahora?

ENCARNACION.—Que todo es cuestión de régimen; que puede vivir muchos años; pero que hay que cuidarlo mucho... Ya ven, con lo caprichoso que se ha puesto y con el genio que tiene...

ROSALIA.—Déjemelo por mi cuenta, tía. Yo cuidaré de él.

ENCARNACION.—¿Y Sarita? ¿Ha quedado de casera?

Doña MARIA.—Sí, hoy no se sentía nada bien.

ENCARNACION.—¿Algún resfrío? Con este tiempo tan variable...

Doña MARIA.—No ,ha de ser de otra cosa. Pregúntele a Mauricio...

MAURICIO.—¿A mí?

Doña MARIA.—Mire usted que después de tanto tiempo de casados, salir con este domingo siete.

ENCARNACION.—Rosalía, ¿quieres ver si Luis necesita algo? (Mutis de Rosalía).

ESCENA IV

DICHOS, menos ROSALIA

MAURICIO.—Son bromas de mi mamá política. Por una simple descompostura...

Doña MARIA.—Ya saben que yo no me equivoco nunca.

MAURICIO.—En fin, allá veremos.

ENCARNACION.—Pues que usted lo vea y nosotros también, y todo sea por el amor de Dios.

MAURICIO.—Muchas gracias; pero ya lo he dicho: todavía no hay...

Doña MARIA.—No se haga usted el tonto, Mauricio. Si esta vez están ustedes seguros.

MAURICIO.—Sí, también estábamos seguros la otra vez en Nápoles...

Doña MARIA.—Más vale que no haya resultado esa vez. ¡Miren que tener un hijo napolitano!

ENCARNACION.—¡Qué misia María, ésta! Por lo contenta que está se advierte que ahora la cosa va de veras.

Doña MARIA.—¡Y tanto! Yo ya estoy buscándole nombre, también. Si es varón se llamará Alfredo; y si es mujer, María, como la abuela.

MAURICIO.—Si es mujer, se llamará Elsa, y si varón Hugo.

Doña MARIA.—Déjese de nombres de novela.

MAURICIO.—No son nombres de novela, mamá.

Doña MARIA.—Es lo mismo. ¡Elsa! ¡Hugo! ¿Acaso esos son nombres

de cristianos?

MAURICIO.—Son muy bonitos; salen de lo vulgar.

Doña MARIA.—Son como los que busca la madre: Myrian. ¡Hágame usted el favor! ¡Myrian!

MAURICIO.—Pero, si Myrian quiere decir María, mamá.

Doña MARIA.—¿En qué idioma?

MAURICIO.—En Hebreo.

Doña MARIA.—Bueno, pues el chico o la chica no será hebreo, gracias a Dios; así es que quiero que le pongan un nombre en castellano. ¡María, como la abuela!

ENCARNACION.—Ya arreglarán ustedes eso; ¿no les parece?

Doña MARIA.—Tiene razón, amiga mía; ¿a qué romperse la cabeza ahora? Ni aunque tuviéramos que hacer testamento. ¡Ah!, y apropósito, ¿es cierto lo que me ha dicho Casabal, que el señor Lacaze quiere hacer el suyo para desheredar a Mangacha?

ENCARNACION.—Así es. Deshereda a la mala hija. Es un propósito que tiene desde hace años, desde que ella fugó de esta casa!

ESCENA V

DICHOS y CASABAL

CASABAL.—(**Por la izquierda**). ¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Sigue la mejoría? Pero, ¡qué obscuridad, señor! ¡Esto es una manía!

ENCARNACION.—Gracias a Dios, ya lo tenemos en pie.

CASABAL.—(**Dirigiéndose al conmutador, dando luz a la araña eléctrica**): Con permiso, yo no sé hablar a obscuras. No encuentro las palabras. ¡Hola! ¡Hola! ¿Mi hermana doña María, estaba por aquí? Entonces ya no necesito, Encarnación, darle a usted la gran noticia. ¡Vaya! ¿Qué nombre le ponemos? ¿Amaranto o Sisebuto?

Doña MARIA.—¡Jesús, que gracioso! (**a Encarnación**). Pues ya que está dispuesto el señor Lacaze a hacer eso, debía favorecer nuestra Asociación de Beneficencia con algún legado. Ya sabe usted, doña Encarnación, que andamos muy atrasados de fondos y que cada día aumenta el número de nuestros pobres. El último reparto que hicimos, fué bien mísero.

ENCARNACION.—Ya le he dicho algo al respecto. También el Padre Luis nos ha hablado del Sagrado Colegio, aquella santa casa donde pensábamos encerrar a Mangacha para corregirla... Luis le hará un buen legado...

MAURICIO.—¡Ah! Eso está muy bien.

CASABAL.—¡Y el Padre Antonio no ha pedido algo? Ayer lo vi también por aquí.

ENCARNACION.—Aunque nada hubiera solicitado el Padre Antonio, mi hermano no puede olvidar a una iglesia de la que siempre fué devoto, a la que regaló una campana y un altar...

Doña MARIA.—Eso es muy justo también.

ENCARNACION.—Para la Caja de Huérfanos y para la Congregación de las Hijas de María, también habrá sus legaditos... El señor Obispo de anemurio se ha interesado mucho por ellas...

CASABAL.—En cuanto a Mangacha, ¿no hay obispo que pida para ella?

ENCARNACION.—¿Volvemos a empezar?

CASABAL.—No, no; no digo una palabra. Si es firme resolución de Luis desheredar a su hija, que lo haga. Ya le he hecho reflexiones, pero no le contrariaré más.

ENCARNACION.—Me parece muy bien.

CASABAL.—Pero eso no impide que todos nosotros, como personas imparciales en el asunto, convengamos en que está mal hecho.

Doña MARIA.—Cada uno dispone de sus bienes como mejor le parece.

MAURICIO.—Está claro.

CASABAL.—¡Que ha de estar claro! Cada uno dispone de sus bienes según las obligaciones que ha contraído en la vida.

MAURICIO.—¡Hombre! ¿Qué teoría es esa?

CASABAL.—Es la teoría de las personas decentes. El que ha echado un ser al mundo tiene la obligación de no desampararlo.

ENCARNACION.—¿Y si ese ser nos ha inferido una ofensa?

CASABAL.—Entonces tenemos otra obligación, la de perdonársela.

Doña MARIA.—Con esas ideas, prestigiamos la ingratitud de los hijos.

CASABAL.—¡Qué ingratitud, ni qué ocho cuartos! Los hijos son ingratos o porque lo tienen en la sangre, o porque no los hemos sabido educar, ¿qué deben agradecernos nuestros hijos? ¿El que les hayamos dado la vida? ¡Pues, vaya un lindo presente! ¡La vida! ¡Una vorágine de locuras, de miserias, de sufrimientos, de desengaños y de porquerías! Si a cada uno de nosotros nos hubieran consultado antes, posiblemente les hubiéramos dicho a nuestros padres: no nos echen ustedes al mundo. Déjennos en la nada!

Doña MARIA.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué manicomio de hombre! Pero, ¡qué cosas dice!

ENCARNACION.—Está loco de atar.

CASABAL.—No, los que están locos, o por lo menos, enfermos, son los que no quieren comprender esto, que sin embargo es muy sencillo: no hay hijos agradecidos ,todos son ingratos.

MAURICIO.—¡Oh!

CASABAL.—No hay ¡oh! que valga. Todos, todos somos ingratos con nuestros padres. Lo que les debemos a ellos, se lo pagamos a nuestros hijos, y nuestros hijos, en vez de pagarnos a nosotros, lo pagarán a sus hijos, es decir, a nuestros nietos. Es una cadena. No hay vuelta que darle. Y es la ley de la vida: la ingratitud para los progenitores; el sacrificio para los descendientes. El día en que canceláramos nuestra deuda de vida con nuestros padres, habríamos de olvidar todo amor que no fuera el de ellos, y el mundo se acabaría. He dicho.

Doña MARIA.—Has dicho una gran zonzera.

CASABAL.—¿Te parece?

Doña MARIA.—No es que me parezca; estoy segura de ello.

CASABAL.—Entonces me has reventado, porque en materia de zonzeras hay que sacarte el sombrero.

ESCENA VI

DICHOS y ROSALIA

ROSALIA.—Dice papá si quieren pasar...

ENCARNACION.—Sí, sí; pasen ustedes... Así se distraerá el pobrecito... **(Mientras los demás entran a la habitación de Lacaze)**: Rosalía, a ver que tiene esa estufa, que echa tanto humo. **(Sale también)**.

ESCENA VII

ROSALIA, enseguida MANGACHA

(La joven se ha arrodillado al lado de la estufa para examinarla. Así transcurre un breve espacio de tiempo hasta que entra Mangacha por la izquierda. Vuelta, como está, de espaldas, Rosalía no la vé; pero la otra, que la ha visto, se detiene bruscamente. Una indecible emoción se ha apoderado de Mangacha al volver a ver todos aquellos antiguos objetos de la casa paterna. Así, mientras contiene los latidos de su corazón, sus ojos observan todo alrededor. Y como Rosalía continúa revisando la estufa, confúndela con una criada y la chista despacito:)

MANGACHA.—¡Chist! ¡Chist!

ROSALIA.—**(Que se ha puesto rápidamente en pie, casi asustada)**. ¿Eh? ¿Qué hay? ¿Quién es usted?

MANGACHA.—Silencio... no grite... ¿Dónde están?; ¿ahí dentro, verdad?

ROSALIA.—Sí, ahí están todos... Pero ¿quién es usted?, ¿qué busca aquí?, ¿por qué ha entrado de ese modo, sin llamar?...

MANGACHA.—Discúlpeme, pero tenía miedo... quería averiguar por mí misma, como seguía... No haga usted ruído... Después me iré... Pero, dígame, ¿está muy mal, no es cierto?... ¿Está muy grave?, ¿se muere?

ROSALIA.—**(Que crée adivinar)**. Pero, usted... usted... ¿quién es usted?...

MANGACHA.—Soy Mangacha... No diga usted nada... Silencio...

ROSALIA.—¡Mangacha! ¿Y se ha atrevido a venir?...

MANGACHA.—¡Chist! ¡Despacito! No alce tanto la voz...

ROSALIA.—Pero, ¿no sabe usted que no debe, que no puede entrar en esta casa?...

MANGACHA.—Es para verle por última vez, hija mía... Le veré desde

cualquier parte, escondida, sin que nada sepa... Le juro que no me descubrirán...

ROSALIA.—Usted no sabe lo que dice, señora...

MANGACHA.—Sea usted buena, hija mía...

ROSALIA.—Pero...

MANGACHA.—Vea usted, soy muy desdichada... He perdido a mi esposo... Estoy destrozada por el dolor... Ahora voy a perder a mi padre... Permítame que lo vea, así, de detrás de la puerta...

ROSALIA.—No puede ser, señora... Tenga la bondad de retirarse...

MANGACHA.—Llame entonces a la señora Encarnación... yo hablaré con ella. La convenceré...

ROSALIA.—No puede ser, he dicho... Váyase usted...

MANGACHA.—¿Cómo? ¿Usted me arroja así?... Le digo que vaya a llamar a la señora...

ROSALIA.—Es inútil que insista... no la recibirán...

MANGACHA.—Haga lo que le digo... llame aparte a la señora Encarnación y dígale no más que soy yo la que está aquí... Ya verá usted si me recibe...

ROSALIA.—Pero le digo que no puedo anunciarla...

MANGACHA.—Usted cumpla con su deber de criada, nada más...

ROSALIA.—Es que yo no soy la criada de la casa.

MANGACHA.—**(Con una revelación súbita:)** ¡Ah! **(La contempla un instante y avanza unos pasos hacia ella; con otra voz muy distinta de antes:)** Entonces es usted la señorita Rosalía...

ROSALIA.—Soy Rosalía, en efecto.

MANGACHA.—¡Ah, muy bien! Debía habérmelo figurado antes. Ahora me explico su resistencia a que me reciban en esta casa. Es usted la que ocupa mi puesto aquí... **(Pausa. Rosalía guarda silencio. Mangacha habla ahora con voz contenida, pero se siente hervir el despecho en su alma).** Es usted la que usurpa el puesto de la verdadera hija en el corazón de su padre...

ROSALIA.—¡Señora!

MANGACHA.—¡Qué tonta he sido! Su actitud, sus palabras, debían haberme revelado que tenía enfrente a la enemiga.

ROSALIA.—Yo no soy su enemiga; yo no la conozco a usted...

MANGACHA.—Es usted la que ha venido a ocupar mi sitio vacante en la casa; es usted la que ha venido a robarme el corazón de mi padre; es usted la que ha ahondado el abismo que nos separa a los dos... Y como me ha quitado este puesto, ahora quiere defenderlo, conservarlo... ¿no es así?

ROSALIA.—Está usted equivocada. Yo no deseo nada de eso; yo no deseo sino evitar a mis bienhechores otro dolor, otra conmoción como la que han sufrido hace unos días cuando llegó herido a esta casa su esposo de usted....

MANGACHA.—**(Sarcásticamente).** ¡Ah! ¿quiere evitarles el dolor?... Es usted un alma piadosa, un corazón bueno... Pero, a mí, que he aprendido a conocer la vida, no se me engaña con palabras y frases... Lo que es usted es una hipócrita, una ambiciosa vulgar...

ROSALIA.—Le prohibo a usted que me insulte!

MANGACHA.—Lo que usted quiere es heredar a mi padre, conquistar su fortuna...

ROSALIA.—¿Y usted a qué viene hoy aquí? ¿Viene con amor de hija o por el interés de la heredera que ha averiguado que su padre está por hacer testamento?

MANGACHA.—¡Insolente! ¿Usted se atreve a dudar....?

ROSALIA.—Antes me ha ofendido usted a mí con su duda. Yo no quiero, yo no deseo nada; pero sepa usted que si su señor padre resolviera legarme su fortuna, yo tendría tanto o más derecho que usted a ella... **(Gesto de Mangacha).** ¡Sí! Más derecho que usted, porque yo, siendo una extraña, le he rodeado de cuidados y de cariños, mientras que usted, siendo su hija, le ha destrozado el corazón y le ha envenado la vida.

MANGACHA.—¡Ah!, ¡qué bien habla en usted la ambición y el odio! ¡Cómo sabe vestir su traición con la modestia y la humildad! Pero, ¿quién es usted para juzgar mi conducta? Aquí y en todas partes, yo, culpable y cri-

minal, soy la hija; y usted, recatada y complaciente, es la intrusa.

ROSALIA.—Usted se ha ido de esta casa porque ha querido; yo estoy en ella; porque me han buscado.

MANGACHA.—Yo me he ido en un instante de arrebato, llorando lágrimas de fuego, a la miseria, al frío, al hambre, para cumplir mi destino, para casarme con el hombre que amaba... Esa es mi culpa; toda mi culpa. No he sido una perdida; no me he deshonrado. He luchado, he trabajado al lado de mi marido. He velado como madre sobre la cuna de mi hijo. Nunca he pensado en el dinero. Pero usted, sí; usted ha venido aquí sorprendiendo el dolor de estos viejos, fingiendo un cariño que no puede sentir...

ROSALIA.—Eso es falso!

MANGACHA.—(**Continuando, sin interrumpirse**). ... aprovechándose de mi partida para llenar el hueco, para engañar con sonrisas, para mentir con zalamerías, para írseles metiendo en el corazón poquito a poco y conseguir al fin lo que deseaba....

ROSALIA.—Eso es falso!

MANGACHA.—Sí!, porque lo que usted busca es la fortuna de mi padre... (**con decisión**). Pues bien; quédese usted con ella; quédese con todo; yo no quiero ni un céntimo, yo no aceptaré nada, yo renuncio a mis derechos; pero déjeme usted su cariño, déjeme su amor... Es mi padre!

ROSALIA.—Ya no lo es. Ha renegado de usted y la ha maldecido.

MANGACHA.—No lo es porque usted me lo ha robado. Pero, váyase usted, y verá si reconquisto mi puesto y mi padre.

ROSALIA.—Ahora también lo es mío.

MANGACHA.—Es un padre que usted ha robado a otra.

ROSALIA.—Es un padre que me he hecho a fuerza de amor

MANGACHA.—A fuerza de cálculo.

ROSALIA,—A fuerza de gratitud.

MANGACHA.—Es usted una falsa hija.

ROSALIA.—Y usted una mala hija. Y por serlo, ha perdido todo derecho.

MANGACHA.—Los derechos que nos dá la sangre, solo se pierden con la vida.

ROSALIA.—Basta ya! (**Avanzando hacia la segunda de la derecha, como si fuera a llamar a la criada**). Le exijo por última vez que se retire.

MANGACHA.—¡Infame! A través de sus palabras se ve el miedo que usted tiene a esta explicación. (**Avanza a su vez, unos pasos hacia la primera de la derecha**).

ROSALIA.—(**Bajando rápidamente para interceptarle el paso**). ¿Dónde va usted?

MANGACHA.—¡Déjeme! ¡Apártese!

ROSALIA.—Mientras esté yo aquí, no pasa usted!

MANGACHA.—¿Que no paso? Ahora lo veremos. (**Va a apartar violentamente a Rosalía, cuando se abre la puerta y aparece Encarnación**).

ESCENA VIII

DICHOS, ENCARNACION; al fin, CASABAL

ENCARNACION.—¿Qué es esto? ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te has atrevido a poner los pies en esta casa? (**Rosalía se ha apartado: Encarnación permanece frente a la puerta como guardándola; Mangacha ha quedado en su sitio, y, desde él, hablará suplicante a su tía**).

MANGACHA.—Perdóneme, tía; yo no vengo a forzar su puerta; yo no pretendo armar ningún escándalo; yo no quiero nada, nada, sino que me dejen ver un instante, así, oculta, a mi padre... (**Ante un gesto de Encarnación**). ¡No! ¡No me interrumpa! ¡Escúcheme!... Un momentito, no más, y después me iré en silencio, como he venido, y nadie sabrá que he estado aquí.

ENCARNACION.—¡Me asombra tu descaro!, me asombra en verdad, tu descaro! ¿Con qué derecho has penetrado en esta casa, después de haberla abandonado a escondidas, como una criminal? ¿Con qué derecho hablas ahora de tu padre, después de haberlo olvidado por otro hombre, después de haber provocado casi su muerte con tu huída? Tú no tienes ya padre ni casa paterna. Eres una extraña aquí; vete. (**Ha avanzado, mientras hablaba, hasta el centro de la escena, que domina como un símbolo del castigo, y**

ahora con su brazo extendido le indica la puerta a Mangacha).

MANGACHA.—No, tía, no; yo le ruego, yo le suplico a usted, que sea buena... Yo no quiero discutir con usted... yo no le pido nada imposible... Ya ve, un instante, un momento no más...

ENCARNACION.—(**Implacable**). ¡Vete!

MANGACHA.—(**Cayendo de hinojos, sollozante**). De rodillas, de rodillas, se lo ruego tía... Mire, óigame. He perdido a Carlos, a mi marido, estoy sola en el mundo, con mi hijo. No tengo a nadie, a nadie... Me voy a ir de aquí, lejos, no sé donde—donde nadie pueda oír hablar de mí—a ganarme el pan, a trabajar, a trabajar para mí y para mi criatura. Y no le pido a usted más que eso, nada más que ver un momentito a mi padre, por última vez...

ENCARNACION.—(**Rígida, inconmovible**). Tu padre ha muerto hace tiempo para tí. ¡Vete!

MANGACHA.—(**En pie**). ¡Ah! ¡No tiene usted alma; no tiene corazón! ¡Es implacable! ¡Es de piedra! Me ve humillada, a sus pies, suplicante, despedazada por el dolor, ¡y no se apiada! ¡Qué el cielo le tome en cuenta esto que hace hoy conmigo!

ENCARNACION.—¡Vete!

(**Entra Cacabal y se detiene junto a la puerta. Mangacha que ya iba a alejarse, tiene entonces un último gesto de súplica hacia él**).

MANGACHA.—Padrino... Tú me dijiste que papá estaba muy grave...

CASABAL.—Has hecho mal en venir, Mangacha. Tú padre está ya restablecido y hubiera podido sorprenderte aquí...

MANGACHA.—Yo lo ignoraba. Como no has ido por casa estos últimos días...

CASABAL.—Debieras haber consultado este paso conmigo... En fin, ahora vas a retirarte. Vete a tu casa y aguárdame. Tengo que hablar contigo.

MANGACHA.—Sí, padrino. (**Sale en silencio y Casabal la acompaña**).

ESCENA IX

ENCARNACION y ROSALIA

ENCARNACION.—¿Que ha pasado aquí antes que yo viniera?

ROSALIA.—(**Con mucha aflicción**). Tía, tiíta querida, tengo que pedirle un servicio; no me diga que no.

ENCARNACION.—(**Sentándose en un sillón**). ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? Vamos a ver, habla.

ROSALIA.—Yo he oído decir que papá está por hacer testamento; que ha mandado buscar al Escribano...

ENCARNACION.—¿Y qué hay con eso?

ROSALIA.—Escúcheme, tía, y no se enoje conmigo. Hace un momento, aquí mismo, cuando yo me oponía a que la señora Mangacha entrara, porque yo sabía que eso les iba a disgustar a ustedes....

ENCARNACION.—Sí, sí, sigue...

ROSALIA.—.... tuvimos unas palabras, unas palabras un poco fuertes....

ENCARNACION.—¿A propósito de qué?

ROSALIA.—A propósito de que ella me echó en cara que yo era en esta casa una intrusa, una aventurera, que los quería engañar a sutedes, a usted y a papaíto, para quedarme con la herencia que a ella le correspondía....

ENCARNACION.—¡Ah!, ¡muy bien! Ahora me explico su interés en venir aquí...

ROSALIA.—Entonces, tiíta ,eso me ha dado mucha pena, porque lo que ella ha dicho, los otros, los extraños, también pueden pensarlo...

ENCARNACION.—¿Y con eso? ¿Dónde quieres venir a parar?

ROSALIA.—Quiero decir, tiíta, que sería mejor, si es que papá ha pensado en dejarme algo, que no me deje nada. Así nadie tendrá que reprochármelo.

ENCARNACION.—Basta, Rosalía.

ROSALIA.—Yo los quiero a ustedes, que me han sacado de la nada, que me han servido de padres, y bastante tengo con eso; no preciso...

ENCARNACION.—Ya lo sé, hija mia; ya sé que no eres interesada, ni que tienes esas previsiones ruines. Solo a un espíritu como el de esa perversa, se le pueden ocurrir semejantes ideas. Déjame a mí; yo sé lo que tenemos

que hacer, Luis y yo.

ROSALIA.—(Humildemente). Está bien. (Transición). ¡Ah! ¿Sabe otra cosa?

ENCARNACION.—¿Hay otra cosa aún?

ROSALIA.—Sí. Estuvo el señor Isabelino a preguntar por la salud de papá. Cómo estaba apurado, no pudo ofrecerle a usted sus respetos.

ENCARNACION.—Muy bien. (Con cierta fineza) ¿Y nada más?

ROSALIA.—(Como avergonzada.) Sí...

ENCARNACION.—¡Ah! A ver, cuenta...

ROSALIA.—Me dijo...

ENCARNACION.—Vamos, adelante...

ROSALIA.—Me dijo que era linda...

ENCARNACION.—¿Cómo? ¿Se atrevió a decirte que eras linda? Pues eso no es cierto.

ROSALIA.—Es lo que le dije yo.

ENCARNACION.—¿Y luego?

ROSALIA.—Luego, me dijo que me quería, y que si yo lo quería a él, su papá vendría a hablarles a ustedes para ver si nos casábamos.

ENCARNACION.—¿Y tú, que le contestaste?

ROSALIA.—Yo, nada ,tía. Quería consultarlo con usted primero.

ENCARNACION.—Eso está muy bien. Así me gusta. Ven acá, Rosalía. (Le coge la cabeza entre las manos y la besa en la frente), Puedes quererlo. Es un honrado muchacho. Harán ustedes un matrimonio bien cristiano. Vaya, estoy contenta. Muy contenta.

ESCENA X

ENCARNACION, ROSALIA, LACAZE, Doña MARIA, MAURICIO; luego, CASABAL y el ESCRIBANO

Doña MARIA.—Aquí tenemos al enfermo, que se ha empeñado en venir a ver lo que ustedes están haciendo.

ROSALIA.—¡Qué imprudencia, papá!

ENCARNACION.—¡Pero, hombre! No debías salir de tu cuarto...

MAURICIO.—Eso es lo que yo decía; pero se empeñó tanto... (Hacen sentar a Lacaze en un sillón. Rosalía lo coloca cerca la estufa y le arropa con mucho mimo y diligencia).

LACAZE.—Ya estoy bien... No hay cuidado..

ROSALIA.—De todos modos, es una imprudencia...

LACAZE.—Cállate, charlatana... Nadie mejor que yo sabe si puedo andar de paseo por la casa...

CASABAL.—(Entrando por la izquierda). Aquí tienen ustedes al hombre de la fe públíca, don Nereo Castro y Lago.

NOTARIO.—Muy buenas noches, amigos míos. (Saludos).

Doña MARIA.—Nosotros nos vamos. Ya los hemos visto a ustedes.

MAURICIO—Sí; hemos dejado mucho tiempo sola a Sara.

ENCARNACION.—Dénle muchos recuerdos de mi parte y que me alegro mucho por el suceso. (Se despiden y salen doña María y Mauricio).

ESCENA XI

DICHOS, menos, Doña MARIA y MAURICIO

NOTARIO.—Vaya, me alegro mucho verle otra vez en pie, amigo don Luis.

LACAZE.—Y ahora que he escapado de ésta, a arreglar mis asuntos. (Llamando). ¿Rosalía? Encima de mi escritorio hay un sobre grande; tráemelo. (Sale Rosalía un momento.)

NOTARIO.—Hay tiempo, don Luis, hay tiempo...

LACAZE.—No; lo que no pasa en un año, pasa en un día. Ya ve, he estado a punto de dejar todos mis asuntos en el aire. Y hay uno que quiero dejar bien definido...

NOTARIO.—Ya, ya... El asunto de la hija...

LACAZE.—Ese, precisamente. En el testamento quiero que de un modo expreso y bien explícito se exprese la desheredación de Mangacha por la causal primera del artículo 875 del Código Civil. Pero, como quiero evitar cualquier contingencia de futuro a Rosalía, tendremos que hacer también esta escriturita de una donación de propiedades por causa de matrimonio, ya sabe

usted. De todos mis bienes, y de la forma de distribución, le doy amplios detalles en esos papeles que ahora le voy a entregar.

NOTARIO.—Perfectamente. ¿Cuándo quiere usted que tengamos pronto todo eso?

LACAZE.—En el plazo más breve que le sea posible.

NOTARIO.—Muy bien. El próximo lunes, entonces? Son dos días.

LACAZE.—El lunes, perfectamente.

ROSALIA.—¿Es esto, papá?

LACAZE.—Eso es. Entrégalo al señor.

NOTARIO.—**(Guardando el sobre).** Perfectamente. Ahora usted me disculpará, don Luis; pero todava tengo que hacer otra visitita a otro cliente...

LACAZE.—Vaya usted, y hágame las cosas en regla.

NOTARIO.—Pierda usted cuidado. En regla se harán. **(Saluda y váse). (Rosalía éntrase por la derecha).**

ESCENA XII

ENCARNACION, LACAZE y CASABAL

CASABAL.—"Consumatum est". Ahora puedes estar tranquilo.

LACAZE.—¿Qué quieres decir?

CASABAL.—Nada. que ya has realizado tu gran obra; que ya te has salido con la tuya; que has impuesto tu castigo.

LACAZE.—He cumplido con mi deber.

ENCARNACION.—Bien dicho, Luis.

CASABAL.—Es lo que yo digo: has cumplido con tu deber, con tu deber de vengador implacable, con tu deber de hombre que castiga más allá de la tumba.

LACAZE.—El día en que la hija ingrata se fué de aquí, cesó de ser mi hija. No soy yo quien rompió el vínculo que nos unía, sino ella.

CASABAL.—Habría que averiguar antes si no fuiste tú, con tu actitud imprudente, el que la obligó a romperlo.

ENCARNACION.—Creo, Casabal, que no es el momento de resucitar discusiones.

LACAZE.—Déjalo. Hablemos por última vez del asunto; pero por última vez, ¿me entiendes? Habla, pues; di todo lo que tienes que decir. Pero, por última vez.

ENCARNACION.—Va a decir disparates; como siempre; mejor es que hablen ustedes de otra cosa.

CASABAL.—Tiene razón tu hermana; hablemos de otra cosa.

LACAZEZ.—No, hablemos; pero para no volver más sobre el asunto, que ya voy estando harto de hallarte siempre en contra mía.

CASABAL.—Bueno, hablemos; hablemos con calma. Hablemos sin sofocarnos. Pero, sentemos antes algunos antecedentes. ¿Por qué te opusiste tú al casamiento de Mangacha con Sandoval?

ENCARNACION.—Toma usted las cosas de muy lejos.

CASABAL.—Señora, yo tengo la palabra; haga el favor de no interrumpirme. **(A Lacaze).** Te opusiste porque el mozo era hijo del doctor Blois. ¿No es así? Muy bien. ¿Qué había hecho el doctor Blois para que tu castigo recayera así en su hijo natural? Había defendido a Amelia en el juicio de divorcio que te promivió.

ENCARNACION.—Y había sido el amante de Amelia.

CASABAL.—Después que este **(por Lacaze).** logró que el divorcio no se pronunciara en su contra. Justamente. ¿Y por qué Amelia pidió el divorcio y se produjo le desintegración de este hogar? Porque antes el doctor Luis Lacaze la había engañado con una de sus íntimas amigas, la señora de Elizondo. Ya hemos dado con la causa primera; ya estamos al cabo de la calle. Si Luis no hubiera con sus locuras y devaneos provocado el primer conflicto, ni Blois hubiera sido el amante de Amelia, ni el hijo de Blois hubiera tenido que cargar con esa culpa. He dicho.

LACAZE.—Todo eso no tiene nada que ver con la desobediencia y rebelión de Mangacha.

CASABAL.—¿Cómo que no tiene que ver?

LACAZE.—No tiene que ver, porque se tratara del hijo de Blois o de cualquier otro hombre, y existieran las causales que existieran, ella, la hija.

tenia que obedecer a su padre.

ENCARNACION.—¡Bien hablado!

CASABAL.—Es decir, que tú, por el solo hecho de ser su padre, podías imponerle tus odios, tus venganzas...

LACAZE.—No he dicho eso.

CASABAL.—... obligarla a que matara su amor, a que destruyera sus ilusiones, a que tronchara su porvenir...

LACAZZE.—Una buena hija....

CASABAL.—Una buena hija es una pobre mujer, como cualquiera otra Tiene sentimientos, tiene debilidades, y puede amar y sufrir como su padre y como los demás seres humanos...

ENCARNACION.—Pero no puede, por hacerse el gusto, deshonrar a su familia.

LACAZE.—Y traicionar todo el amor, todo el cariño, todos los sacrificios que por ella se han hecho. Recuerda bien, Casabal; recuerda como era tratada Mangacha aquí. ¿Qué no hacía yo por satisfacer sus gustos? ¿Qué no hubiera dado por verla contenta y feliz? ¿No era ella la única dueña de mi alma y mi albedrío? (**Con creciente exaltación**). Y bien: aquí está ,aquí está como pagó tanto amor y tantos sacrificios. Mírame, mírame bien. Aquí tienes mi cuerpo flagelado, aquí tienes mi carne martirizada. No soy un hombre: soy un muerto que camina. ¿Y yo habría de perdonar? ¡Ah, no! ¡Eso si que no!

CASABAL.—(**Exaltándose también**). Porque no tienen ustedes corazón; porque son peores que las fieras.

ENCARNACION.—Porque voluntariamente abandonó este hogar.

CASABAL.—Las Sagradas Escrituras nos hablan de un hijo pródigo que al tornar al arrepentimiento halló abiertos los brazos de su padre y abierta la puerta de casa de par en par.

ENCARNACION.—Esta es una mujer, y una mujer a pecado.

CASABAL.—Peor que ella, fué la mujer adúltera y Jesús dijo: "Quien esté sin pecado, arrójele la primera piedra".

ENCARNACION.—Es una mala hija que nos ha afrentado.

CASABAL.—También dijo Jesús: "Cuando te afrentaren en una mejilla, preséntale la otra".

ENCARNACION.—No puede haber perdón para ella; no puede haber olvido.

CASABAL.—Y yo le digo a usted, Encarnación, que usted, que usted que adora a Dios, y no respeta su doctrina; yo le digo que usted se llama sierva de Cristo, y le ofende al practicar el odio y la venganza, porque Cristo, señora mia, murió en la cruz por nosotros, para darnos una prueba inmensa de su amor y para enseñarnos el amor que nos debemos los unos a los otros.

LACAZE.—Basta ya, Casabal. No nos convenceremos nunca. Yo estoy tranquilo con mi conciencia. He cumplido con mi deber.

CASABAL.—(**Tomando su sombrero**). Pues bien, yo voy a cumplir ahora con el mío.

LACAZZE.—¿Qué quieres decir?

CASABAL.—Quiero decir que si tú no tienes más hija, yo conservo todavía a mi ahijada y voy a hacerla mi heredera.

LACAZE.—¡Mándate mudar de aquí!

CASABAL.—¡Claro, que me mando mudar! ¡Pues no faltaba más! (**Sale**).

TELON .

ACTO TERCERO

De noche. La araña eléctrica está encendida. Hay cierto desorden en la habitación, revelador de un creciente abandono.

ESCENA PRIMERA

LACAZE, solo; enseguida, MANUEL; al fin PEPA

LACAZE.—(Al alzarse el telón, Lacaze, sentado junto a la puerta de la derecha, parece absorvido en una profunda meditación. Así transcurre algún tiempo. Luego, como si se arrancara a sus ideas, se pone, con algún trabajo, en pie y da unos pasitos por la pieza. Se acerca a la pared donde está el reloj y consulta la hora. Murmura maquinalmente, con obsesión de viejo, a intervalos:) Las ocho y media... Las ocho y media... Las ocho y media... (Se sienta en el otro sillón, y tras un instante, saca del bolsillo una fotografía y la contempla largamente. Muy bajito:) Aquí estamos los dos... solos... solos... Ya nunca más... (Pausa. Guarda la fotografía y queda rígido, mudo, clavados los ojos en el vacío, como una estatua de piedra, hasta que llega el criado).

MANUEL.—(Adelantándose). Señor... (Y como Lacaze no le contesta, se llega más a él e inclinándose casi hasta tocarle, repite otra vez:) Señor...

LACAZE.—(Saliendo de su abstracción). ¿Qué hay, Manuel?

MANUEL.—El padre Luis manda a decir al señor que siente mucho, pero que no podrá venir a acompañarle porque se siente algo enfermo.

LACAZE.—(Después de un instante, como si demorara en comprender). ¡Ah! Está enfermo... Bueno, bueno... Está enfermo...

MANUEL.—Que el señor se sirva disculparlo...

LACAZE.—No puede venir... Está bien... Entonces comeré solo... solo... siempre solo...

MANUEL.—¿Quiere el señor que le sirva su café con leche?

LACAZE.—Sí, sirve, Manuel...

MANUEL.—(Desde la segunda de la derecha). Pepa, el café del señor... (Empieza a arreglar un rincón de la mesa, tendiendo una servilleta que toma de un cajón del aparador, colocando un plato con pan y un cuchillo).

LACAZZE.—¿Y Casabal? ¿No ha venido hoy?

MANUEL.—No ,señor; hoy no ha venido.

LACAZE.—¿Y Rosalía y su marido?

MANUEL.—Ya se lo he dicho hoy al señor: vendrán esta noche a despedirse.

LACAZE.—(Después de otro silencio). Solo... solo...

MANUEL.—¿Me hablaba el señor?

LACAZE.—(Que no le ha comprendido) ¿Qué dices, Manuel?

MANUEL.—Creí que el señor me hablaba. (Allá abajo, en la calle, pasa una recua de chiquillos haciendo sonar latas y zambombas, con que festejan el nacimiento del niño Dios).

LACAZE.—¿Qué es ese ruído, Manuel?

MANUEL.—Son los muchachos, señor, que festejan la Noche Buena.

LACAZE.—¡Ah, ya! Hoy es Noche Buena. (Como inconscientemente). Hoy es Noche Buena... Noche Buena... Ya, ya...

MANUEL.—Es un modo de divertirse como otro cualquiera. Los chicos se divierten metiendo ruído...

LACAZE.—Sí, sí...

PEPA.—(Entrando). Aquí está el café del señor... (Lo coloca sobre la mesa y se queda en pie, junto a ella).

LACAZE.—A ver, Manuel; ayúdeme. (El criado le ayuda a levantarse y lo conduce del brazo hasta la mesa).

PEPA.—También hoy come solo el señor; según parece.

LACAZE.—También hoy... y siempre... Ya no está aquí Encarnación; ya no está Rosalía; ya no está nadie...

MANUEL.—Vamos, señor... No hay que aflijirse. Así es la vida: unos se mueren otros se van...

PEPA.—No seas bruto, Manuel...

MANUEL.—Pues, ¿cómo? ¿no es así? La señora Encarnación tenía bastante edad... Es natural que...

PEPA.—Mejor es que te calles. Anda, vete por ahí dentro...

MANUEL.—Bueno. (Se encoje de hombros y sale).

ESCENA II

LACAZE y PEPA

PEPA.—Hay que disculparlo, señor; no lo dice por mal, pero es tan bruto...

LACAZE.—En el fondo, tiene razón Manuel. Todos tenemos que morirnos algún día. Y mi pobre hermana, mi compañera de toda la vida, también se fué. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Cúmplase la voluntad del Señor!

PEPA.—Vamos, no piense más en ello, que pensando siempre es como se aflije y enferma. A mi modo de ver, el señor debía procurar distraerse...

LACAZE.—¿Y cómo quieres que me distraiga, Pepa? Estoy aquí solo, inválido...

PEPA.—Pues saliendo a la calle alguna vez, cuando está templadito y bueno. Hay días de sol que es una gloria salir a triscar por esos campos, y el señor debía aprovecharlos. Volvería a casa con más salud y alegría.

LACAZE.—Así lo haré, Pepa, un día de estos...

PEPA.—Hay que darse ánimo uno mismo, que de no la morriña nos consume y el cementerio nos traga. Por eso yo, ni quiero acordarme de la tierra, para no estar triste.

LACAZEZ.—¿Tienes ganas de volver allá, Pepa?

PEPA.—¡Ay, señor!, que le digo a usted que en cuanto apañe cuatro cuartos, lío mis alforjas, me echo en la bodega de un barco y ¡hala!, a ver mi tierra bendita, que no hay otra más hermosota en el mundo.

LACAZE.—Feliz de tí, que tienes todavía esa esperanza.

PEPA.—¡Y claro que la tengo! Sino, ¿para qué trabajaría y me privaría de todo lo bueno? Yo, aunque me esté mal el decirlo, trabajo como una burra; pero no echo a la calle el dinero como otras paisanas, que se las dan de señoritingas y se gastan todo lo que ganan. Así vendrá el día en que pueda hacerme el gusto, aunque ya voy siendo viejota.

ESCENA III

DICHOS y CASABAL

CASABAL.—Buenas noches.

LACAZE.—¡Vaya! Al fin has venido.

PEPA.—Con permiso. Ya tiene usted compañía. (**Mutis**).

CASABAL.—Ahora haces tertulia con tu criada, vejestorio presumido?

LACAZE.—Gracias a esa pobre mujer no me pudro de fastidio entre estas cuatro paredes. Ya no se encuentran buenos corazones más que entre los humildes.

CASABAL.—Muchas gracias. Me parece que yo, que vengo todos los días, merecía más amable recuerdo.

LACAZE.—Hoy vienes bastante tarde...

CASABAL.—Hay que contentar un poquito a todos. Porque, aunque parezca mentira, este pobre vejete tarambana y deschavetado, que no parece sino que está sostenido con un alambre, todavía hace falta en muchos lados y lleva un poco de alegría allí donde va. Mira; hoy he ido a darme la ducha. Le hice un cuento a Carlitos, que todavía debe estar desterniliándose de risa. Después, me fuí a ver a mi hermana. Ya está chocha de remate. Le echa cada parlamento al nieto que no acaba, como si el botija pudiera entenderla. Y está mono, el muy granuja; te digo que está mono de verdad. A mí ya me conoce: cuando entro, me echa los bracitos, y ya no quiere ir con nadie, ni con la madre siquiera. Los otros días me puso a la miseria un pantalón... (**Súbitamente, al mirar a Luis, advierte que éste está llorando**). ¿Qué es eso, hombre? ¿Lloras?

LACAZE.—No es nada; deja.

CASABAL.—Ven aquí, mi viejo amigo, ven aquí. (**Le ayuda a levantarse y le conduce hasta su sillón**). Ya me doy cuenta. Te ha enternecido esa historia del chiquillo. ¡Claro! Sin querer te he hecho daño... ¡Perdóname, soy un egoísta!

LACAZE.—Tonterías, Casabal... Cosas que se le ocurren a uno...

CASABAL.—Pero, ¡cáspita!, si tú sólo tienes la culpa en esto. ¿Acaso tú también, si quisieras, no podrías tener a tu lado un chiquillo alegre, retozón....?

LACAZE.—(**Repentinamente brusco**). Basta, Casabal. Doblemos la hoja.

CASABAL.—Eres terco como una mula de carretilla. Te fastidias aquí solo, te pudres la sangre, te amargas la vida, y tienes el remidio en tu mano...

LACAZE.—Basta, basta.

CASABAL.—(**Suave, confidencial**). Si vieras... Tú no te figuras lo que alegra el alma un diablillo de esos que se te suben a las rodillas y te desarreglan el pelo y la corbata, y te tutéa, y te hace hacer de buey y de caballo; ¡qué sé yo! Es un encanto. Jugando con los niños, parecemos más buenos los hombres. Y luego, esas risitas, esas voces argentinas que suenan como cascabeles, te repiquetean en el alma de un modo tan dulce!, te dan tanto regocijo!... ¡Ay, Luis! Si por algo me arrepiento yo ahora de no haberme casado, es por no tener un chiquillo de esos a mi disposición, mío, mío, exclusivamente mío, para verle correr, para oirle chillar, para gozar con sus travesuras...

LACAZE.—(**Con súbito enojo**). ¡Sí! Y para que cuando fuera grande, se te escape por ahí, con el primero que pase, olvidándote en un rincón, como un perro...

CASABAL.—Pero, vamos a ver; cuando tú eras joven, ¿no hiciste lo mismo?, todos, todos, ¡hombre de Dios!, hacen lo mismo. Es la ley de la vida.

LACAZE.—¿Entonces para que quieres los chiquillos?

CASABAL.—¡Toma! Para que cuando sean grandes me regalen otros chiquillos. ¿Acaso no vivimos en nuestros nietos, el amor de nuestros hijos?

LACAZE.—(**Malhumorado**). Los nietos... los nietos... ya no son nuestros hijos.

CASABAL.—¿Qué sabes tú? ¿Conoces, acaso, a tu nieto?

LACAZE.—(**Irritado**). ¡Yo no tengo nieto! ¡yo no tengo familia! ¡yo no tengo nada !

CASABAL.—Sí, hombre, sí, ya lo sé, tú no tienes nada. Y por eso vives aquí como un oso, como un demonio de las cavernas, amargado, triste, sin un rayo de sol, sin un perfume de esperanza. Haces bien: rabia a tu gusto; abúrrete como un chino; no busques iluminarte los últimos años que te quedan de vida con el cariño de los que sólo esperan un gesto tuyo para correr a brindártelo a oleadas. (**Abajo en la calle, pasa una alegre comitiva, que va marchando al compás de bandurrias y mandolines**).

LACAZE.—¡Idiotas! ¡Zánganos!

CASABAL.—¿Eh?

LACAZE.—¡Idiotas! Oyelos. ¡Tienen ganas de divertirse!

CASABAL.—¡Hombre! No todos pueden celebrar la Noche Buena haciéndose mala sangre como tú. Aún hay idiotas, como tú dices, que prefieren la alegría al malhumor.

LACAZE.—Pero, dime si es necesario salir a la calle...

CASABAL.—Cada uno manifiesta su regocijo según sus gustos y condiciones. Esos son felices con recorrer la ciudad al compás de esas músicas; otros los son yéndose a cenar con una suripanta en un gabinete reservado; y otros en fin, quedándose en casita, rodeados de su familia, comiendo turrón y viendo discurrir los chiquillos en torno de los juguetes y del clásico árbol de navidad... ¡Ah! me olvidaba; y otros, que no hay porque nombrar, concurriendo a casa de un amigo para ponerse con un humor de perros, sólo por hacerle el gusto al amigo. ¡Qué pedazo de imbéciles!

ESCENA IV

DICHOS, PEPA

PEPA.—Señor, ahí viene la señora Rosalía con don Isabelino.

LACAZE.—(**Malhumorado**). Que entren. (**Sale Pepa**).

CASABAL.—¡Don Isabelino! Precisamente tengo que escribir una carta; voy a pasar a tu escritorio, Luis.

LACAZE.—Pero, ¿qué te ha hecho ese muchacho para que le tengas tanta tirria?

CASABAL.—¿Qué quieres? Es nervioso: cada vez que dice: "precisamente", es como si me sacara la lengua. Me dan ganas de mandarle los padrinos, Hasta ahora. (**Entrase**).

ESCENA V

LACAZE, ROSALIA e ISABELINO

ROSALIA.—(**Corriendo hacia Lacaze y abrazándolo**): Papaíto querido... ¿Cómo está? ¿Cómo le ha ido?

ISABELINO.—Muy buenas noches tenga Vd., Dr. Lacaze.

LACAZE.—(**Serio**). Quita, quita, cargosa, ¡por lo bien que te portas conmigo!

ROSALIA.—¿Cómo es eso? ¿Está enojado conmigo, papá?

LACAZE.—¿Te parece bonito, no? Cinco días sin venir por aquí. Bien puedo morirme sin que te enteres.

ROSALIA.—Pero, papá, hemos estado preocupados con el viaje.

ISABELINO.—Sí, en los últimos momentos todo se pinta...

LACAZE.—Cuando hay buena voluntad y cariño, siempre se halla tiempo para hacer las cosas.

ROSALIA.—¡Uyyy! ¡Cómo está de malo mi papá!

ISABELINO.—No crea, doctor Lacaze; este viaje no nos deja respirar; precisamente......

LACAZE.—(**Secamente**). Precisamente por marcharse ustedes de noche, debieran haber venido más temprano. ¿A qué hora se embarcan?

ROSALIA.—De la Agencia nos dijeron hoy que a las nueve y media podíamos hacerlo.

LACAZE.—Pero, si ya son cerca de las nueve. ¿a qué horas van a ir?

ROSALIA.—En el automóvil llegamos en un momento.

ISABELINO.—¡Claro! En el automóvil llegamos en un momento.

LACAZE.—Y a mí me dedican cinco minutos de despedida. Muy bien; ya veo que me quieren muy bien...

ROSALIA.—¡Ave María, papá! Nos vamos a separar... qué modo de recibirnos...

LACAZE.—Por un año... Por un año te vas a Europa, y vienes durante cinco minutos a despedirte... ¿Te parece bien eso?

ISABELINO.—Es que, verá, precisamente hoy...

LACAZE.—¡Cállate, tú! Hablo con tu mujer.

ROSALIA.—Le digo, papá, que no he tenido ni un minuto libre. Todo he tenido que hacerlo yo, porque Vd. sabe Isabelino no da pie con bola en nada. ¡Se aturrulla de un modo!

ISABELINO.—Eso es verdad, ¡yo me aturrullo de un modo!

ROSALIA.—Y después he tenido qeu hacerme trajes, ver a la modista... Ud. sabe que a bordo no se puede ir vestida así no más.

ISABELINO.—Sí, ahora hay tanta etiqueta...

ROSALIA.—No es el caso de hacerme criticar. Y después mi suegra no me dejaba salir a ningún lado...

LACAZE.—Pero, para verme a mí...

ROSALIA.—Ya sabíamos que usted estaba bien. Mandamos preguntar por la criada. ¿No se lo dijeron?

LACAZE.—Bien, bien... (**Un pausa**).

ROSALIA.—Bueno, y que quiere que le traiga de allá?

LACAZE.—¿Qué vas a traerme? A la vuelta, quien sabe si me encuentran aquí...

ROSALIA.—¡Qué cosas dice! Un año no es nada...

ISABELINO.—Se pasa tan pronto...

LACAZE.—Ya, ya. (**Otra pausa**).

ROSALIA.—(**A Isabelino**). ¿Pusiste el "necessaire" en la balija de mano?

ISABELINO.—¿No lo pusiste tú misma, precisamente, esta mañana?

ROSALIA.—¡Ah, es verdad! No me acordaba ya. (**Pausa**). Vaya, vaya... ¿y qué tal la Noche Buena, papá? Hoy es Noche Buena.

LACAZE.—Muy bien, muy bien...

ROSALIA.—Hay mucha alegría en las calles. Por casa queman cohetes, barricas alquitranadas ¡qué sé yo!

ISABELINO.—Para nosotros es mejor Noche Buena, porque realizamos este viaje anhelado...

ROSALIA.—¡Ay, sí! ¡Qué dicha! Las ganas que tenía yo de ver París. Cuando esté allá me va a parecer un sueño. (**A Lacaze**). ¿No dice nada, papá?

LACAZE.—Te escucho, ya ves.

ROSALIA.—Ud. queda muy bien con Pepa, ¿verdad? Es mujer de confianza.

LACAZE.—Sí, de mucha confianza. (**Otra pausa**).

ISABELINO.—Bueno, Rosalía, que se nos hace tarde.

ROSALIA.—Sí, no hay que descuidarse; estos transatlánticos no aguardan a nadie. Sería una pena quedarnos en tierra...

ISABELINO.—Sería una pena quadarnos en tierra...

LACAZE.—Sí, es mejor que se vayan...

(Allá abajo, en la calle, se aproxima una rondalla. Mientras dura la despedida de la joven pareja y hasta después que han salido, el regocijado son de las guitarras y mandolinas pone en el aire una nota de sarcástica alegría).

ROSALIA.—**(Abrazándose a Lacaze):** Bueno, hasta la vuelta, papá, hasta la vuelta.

LACAZE.—Adiós, adiós.

ISABELINO.—Hasta la vuelta; hasta muy pronto.

LACAZE.—Adiós, adiós.

ROSALIA.—Recuerdos a Pepa... no tengo tiempo de despedirme...

ISABELINO.—Y al señor Casabal...

ROSALIA.—¡Ah, sí! Recuerdos al señor Casabal... Bueno, Isabelino, no perdamos más tiempo...

LACAZE.—Váyanse, váyanse de una vez...

ROSALIA.—Adiós, adiós; le mandaré postales...

ISABELINO.—Yo también le mandaré postales. **(Se marchan los jóvenes. Lacaze ha quedado inmóvil, sin volverse para verlos partir, clavados los ojos en el suelo. Entretanto, la música se aleja también poco a poco; pero antes de extinguirse completamente se oye el cantar de dos mozos alegres que allá abajo celebran la noche buena:)**

"Esta noche es Noche Buena
Y mañana es Navidad.
Saca la bota, morena,
que me quiero emborrachar".

(Pequeña pausa; luego comienza el otro):

"Esta noche es Noche Buena
y no es noche de dormir.
Con una muchacha alegre
yo me quiero divertir".

(Risas, llamados, gritos. Todo se extingue finalmente, y es otra vez el silencio. Lacaze continúa profundamente abstraído: así lo encuentra Casabal al entrar).

ESCENA VI

LACAZE y CASABAL

CASABAL.—¿Se fueron esos? **(Lacaze no le contesta).** ¿Qué hay? ¿En qué piensas?

LACAZE.—En nada.

CASABAL.—Muy bien hecho. Así no gastas fósforo. Hay que ahorrar el fósforo del cerebro. **(Contempla a Lacaze un instante y luego se dirige hacia la ventana del balcón).** Hace una noche espléndida; templada, serena. ¿Quieres que abra un poco?

LACAZE.—Abre, sí, renueva el aire... ¡Qué no quede ni rastros de estos dos!

CASABAL.—**(Abre la puerta del balcón y mira hacia afuera).** Hay mucha animación en la calle. La gente se divierte. **(Volviendo hacia Lacaze):** Me parece que la visitita de estos no te ha dejado muy satisfecho... ¿Me equivoco?

LACAZE.—¡Son unos ingratos, Casabal! ¡Son unos ingratos! No le tienen ley ni amor a nadie! ¡Son unos egoístas, unos perversos, como todos! ¿Crees tú que estaban preocupados porque yo me quedaba solo aquí? ¿Crees que les afligía la separación? ¡Quiá! Ella no pensaba más sino en si se habría olvidado su "necesaire", y él, en no llegar tarde a la dársena para no perder el vapor!

CASABAL.—Jum! Jum!

LACAZE.—¿Y sabes tú como me consolaban? ¿Cuáles eran las buenas palabras de la separación? "Ud. queda bien con Pepa"; "Pepa es de mucha confianza". ¡Sinvergüenzas! ¡Así pagan el cariño que les he dado, los bienes que les he dispensado! ¡Sinvergüenzas!

CASABAL.—No es para tomarlo de ese modo...

LACAZE.—Es como esa hipócrita... papíto por aquí, papaíto por allá.. mucho mimo y arrumaco; y ahora que yo contaba con ella para aliviar mi vejez, ahora se larga allá a Europa a divertirse, a pasear, a pasar la gran vida... ¿Y el viejo? El viejo que se quede ahí en un rincón, que se fastidie, que se pudra! ¡Desagradecida!

CASABAL.—Vamos, hombre, cálmate.

LACAZE.—Como quieres que me calme, Casabal, si en un minuto he adivinado todo el abismo de su perversidad? Es que tú no los has oído; es que tú no has visto la profunda indiferencia con que me miraban desde la altura de su felicidad egoísta. Debieras haberles oído: "Un año se pasa pronto"... Decirme eso a mí... "Un año se pasa pronto"... ¡A mí, a mí!, que estoy aquí aniquilado, que de un momento a otro puedo morirme! ¡Ah, miserables!

CASABAL.—Ya te lo había pronosticado yo, mi pobre Luis... Esos no te quieren a ti más que por el interés; esos no pueden darte el amor profundo y duradero que dan los vínculos de la sangre.

LACAZE.—¡Llegar a esta edad para sufrir este desengaño! ¡Abandonar así a un pobre viejo! (**La crisis de ira declina en otra de sollozos, y el mísero llora entonces, llora inconsolablemente**).

CASABAL.—(**Aproximándosele con cordial emoción**): Animo, Luis; ánimo, mi viejo amigo. Este desengaño acaso sea tu bien; este dolor acaso sea el principio de tu nueva dicha. Todavía puedes hallar días de ventura y paz. No necesitas más que ser un poco razonable. No te hace falta más que un poquito de voluntad. Querer es poder, dice el refrán; quiere, y todavía podrás ser feliz.

LACAZE.—Déjame, déjame. Soy muy desdichado...

(**En la calle, los mozos de antes, entonan otra vez sus coplas**):

"La Noche Buena se viene,
la Noche Buena se va,
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más".

CASABAL.—(**Coge una silla y se sienta al lado de Lacaze**): Atiéndeme, amigo mío; atiéndeme bien lo que voy a decirte en este momento de dolor y de verdad. Has sido un niño toda la vida; no has sabido ser un hombre. Esclavo de tus ideas, víctima de tus pasiones y arrebatos, dominado siempre por aquella pobre mujer, tan ciega com tú para la realidad de la vida, has destruído poco a poco tu hogar y tu felicidad. Queriendo ser extremadamente justo, has sido cruel; queriendo ser rígido, te has olvidado de ser bueno. No has comprendido que el cometer faltas y errores está en la condición del ser humano, y que es nuestra obligación perdonar las culpas ajenas para que los demás nos perdonen las nuestras. No te has dado cuenta tampoco que en la vida no se puede aplicar inflexiblemente los principios de moral y de justicia que tenemos por más verdaderos. ¡Verdaderos! ¿Quién nos dice que esos principios sean los verdaderos? ¿Quién puede asegurarnos que mañana no serán otros distintos?

LACAZE.—No te tortures, Casabal. ¿Crees que a veces no he pensado yo también en todo eso?

CASABAL.—Pues piensa aún otro poquito, amigo mío. ¿Por qué estás hoy solo y abandonado? Porque has escuchado el consejo de tus prejuicios; pero, reflexiona, reflexiona bien, ¿estarías igualmente solo si hubieras escuchado la voz de tu corazón, la voz de la naturaleza, que es donde reside la mejor ley, la verdadera, la única ley de la vida?

LACAZE.—(**Dolorosamente, pero muy bajo**). Han sido malos conmigo, Casabal; me han hecho mucho daño.

CASABAL.—(**Con dulzura**). Porque tú lo fuistes antes con ellos: quien siembra vientos, recoge tempestades. Pero no te pares en esas minucias Aunque tú fueras el primer agraviado, ¿es razón esa para que no hayas podido perdonar? Tú has proclamado siempre el castigo: tú has tenido siempre la religión de la venganza. Tu Dios, no es el Dios del Gólgota; tu Dios es el Dios del Sinai.

LACAZE.—(**Débilmente, cogiéndole una mano a su amigo**): Casabal...

CASABAL.—(**Con creciente emoción, pero con voz muy queda**): Per-

dona y olvida, Luis; perdona y olvida. ¿Sabes tú lo que es olvidar las ofensas que hemos recibido? ¿Sabes tú lo que importa practicar la religión del perdón? Es llenarnos de paz los huertos del alma; es abrevar en las fuentes del cariño; es cuidar amorosamente el árbol melancólico que velará nuestro último sueño...

LACAZE.—Calla...

(Abajo, en la calle, aún brota una vez más la filosófica copla):

"La Noche Buena se viene,
La Noche Buena se va.
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más".

CASABAL.—¿Has oído lo que dice esa copla? (Recitando):

"La Noche Buena se viene,
La Noche Buena se va.
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más".

¿Comprendes, Luis? "Y nosotros nos iremos y no volveremos más". Nos iremos para siempre, sin retorno, para siempre. Y entonces, ¿para qué habremos vivido? ¿Para odiarnos, para sufrir, para despedazarnos los unos a los otros? Este breve momento que es la vida humana sobre la tierra; ¿lo pasaremos en continua guerra, en vez de gozarlo, de disfrutarlo como un bien, como un resplandor que nos ofrece el cielo entre dos eternidades de sombra? ¿No te arrepentirás, Luis, en el último segundo de tu vida, cuando vayas a irte para siempre, para no volver más, no te arrepentirás de no haber sido feliz por la mágica virtud del perdón? (Lacaze inclina la cabeza y llora larga y silenciosamente. Entonces Casabal se pone en pie y le contempla aún un instante. Luego, con calma, va hacia el balcón y hace una seña. Vuelve a entrar y se dirige hacia la puerta de la izquierda. Durante un momento contempla todavía a su amigo y después sale).

ESCENA VII

LACAZE y PEPA

PEPA.—(Por la derecha). Con permiso, señor...

LACAZE.—(Alza el rostro, disimulando sus lágrimas). ¿Qué hay, Pepa?

PEPA.—Discúlpeme, señor, pero quisiera...

LACAZE.—Habla, pues. ¿Qué es lo que quisieras?

PEPA.—El señor sabe que yo lo molesto mucho con mis pedidos... Quisiera, señor... Pero ya sabe, si no es posible, es lo mismo... quisiera salir un momento... Esta noche, ya ve, no es como las otras...

LACAZE.—¿Quieres ir a pasear?

PEPA.—Quisiera ir a ver a mi hija, a mis nietos... Allá se reúne toda la familia, ¿sabe?... Nos reímos un poco, cantamos, comemos unos dulces... Costumbres de la tierra, señor...

LACAZE.—Es verdad, tienes una hija... tienes nietos... Eres pobres, pero eres feliz... Anda, Pepa, anda...

PEPA.—Gracias, señor. (Mutis).

LACAZE.—Todos, todos tienen algún cariño en la tierra... todos, todos tienen alguna alegría esta noche... Sólo yo estoy sólo... (Pausa). Sólo... Sólo... sólo... (Deja caer la barba sobre el pecho y queda así meditabundo).

ESCENA VIII

LACAZE, CASABAL, LUISITO; al final MANGACHA

(Casabal entra silenciosamente conduciendo de la mano al niño. Mangacha ha quedado oculta tras el cortinado de la puerta, pero su presencia se adivina por la agitación de éste. Lacaze continúa pensativo. El niño, cohibido, se detiene; entonces Casabal le indica al anciano, le anima hablándole al oído, y ambos avanzan otro poco hasta quedar frente a Lacaze. De pronto, éste los ve y un extremecimiento recorre su cuerpo. Hay un impresionante silencio. Al fin, Casabal lo rompe con voz quieta y natural).

CASABAL.—(Al niño). Vamos, saluda al señor.

LUISITO.—Muy buenas noches, señor.

LACAZE.—(Está inmóvil; pero su agitación interior se revela en el extremecimiento de su mano, que tiene apoyada en el brazo del sillón. Des-

pués de un largo silencio.) ¿Cómo te llamas?

LUISITO.—Luisito, señor, para servir a Vd.

LACAZE.—(Se pasa una mano por la frente. Tras otro instante de silencio). ¿Por qué te pusieron ese nombre?

LUISITO.—Porque dice mamá que así se llama el abuelito.

LACAZE.—¿Tú conoces a tu abuelito?

LUISITO.—No señor; pero le quiero mucho porque mamá dice que es muy bueno. Todas las noches me hace rezar por él.

(El brazo de Lacaze se ha tendido bruscamente hacia el niño. Casabal empuja a éste por al espalda, entregándoselo por fin al abuelo. Con su brazo libre, el anciano rodea el cuello del niño y empieza a besarlo con transporte. Luego reclina su frente sobre la cabeza de Luisito y llora larga y silenciosamente, con apagados sollozos. Entonces Casabal se vuelve hacia donde está Mangacha y le hace un breve gesto. Mangacha avanza temblando, y de pronto se arroja a los pies de Lacaze).

MANGACHA.—(Con voz empapada en lágrimas.) ¡Papá!

(Lacaze no levanta el rostro; pero su mano temblorosa desciñe al niño, que queda junto a él, y, a tientas, busca la cabeza de la hija pródiga, y de pronto la estrecha arrebatadamente contra su regazo).

LACAZE.—(Con voz entrecortada por los sollozos). Man... gacha...

(Alza al fin la cabeza, y sus labios ponen el sello del perdón sobre los de la hija. Y así quedan confundidos en un sólo grupo aquellos tres seres, mientras Casabal, aparte, sonríe serenamente, cual si proclamara el triunfo del Amor y de la Vida).

FIN DE LA TRILOGIA

NOTA: La 1ª parte de esta TRILOGIA, la constituye el drama en tres actos titulado "La Ley del Hombre" (Edición de "La Escena").

La 2ª parte, es el drama en tres actos titulado "Mangacha", (Edición de "La Escena").

Las tres obras sólo se han representado en Montevideo.

LA ESCENA

REVISTA TEATRAL

APARECE LOS JUEVES CON UNA OBRA DE EXITO

Obras publicadas hasta la fecha

AÑO PRIMERO

1.—**Mister Frank**, B. Roldán. — 2. **La loca del Azul.** E García Velloso. —3. **Suprema Venganza.** F. Parravicini. — 4. **Maridos Caseros.** [illegible] —5. **La casa de las Morales**, R. L. Cayol. — 6. **Un hombre**, F. E. Col[illegible] 7. **En la tierra de la paz y del amor**, E. García Velloso.—8. **La muje[illegible]te**, C. Iglesias Paz.—9. **El sobrino de Malbrán**, J. León Pagano.—10. [illegible]dillo, V. Martínez Cuitiño.—11. **Los Provincianos**, A. Novión.—12. **El** [illegible] **prejuicio**, J. González Castillo.—13. **Conservatorio "La Armonía"**, A. [illegible]polo y R. De Rosa.—14. **Retazo**, D. Nicodemi, trad. de J. F. Escobar. — 15. **La niña a la moda**, B. Roldán.—16. **El secreto de los otros**, J. L. Pagano.— 17. **El pariente político**, R. Hicken.—,8. **El Diputado por mi pueblo**, D. Novoa. —19. **La pobre gente y Mano Santa**, F. Sánchez.—20. **El campo alegre**, J. de Maturana.—(Supl 1°) **Los hombres doctos**, C. Di Paoli.—21. **La vida inútil**, C. M. Pacheco.—22. **El Mascotón**, E. García Velloso.—23. **Blasones de plata**, J. A. Saldías.—24. **El Chueco Pintos**, R. J. De Rosa y A. Discépolo.—25. **La ley oculta**, C. Martínez Payva.—26. **Cosas de América**, I. Cortinas.—27. **La Túnica de Fuego**, S. Linnig.—28. **El patio de los amores**, A. Novión.—29. **Alma de Bohemio**, F. Parravicini y H. Zurlo.—30. **Más allá de la vida**, J. L. Pagano.—31. **Al campo**, N. Granada.—32. **Caín**, E. García Velloso.—33. **Papá y Mamá**, R. Hicken.—34. **La llegada del Batallón**, J. Sánchez Cardel.—35 **Jaulas de oro**, R. L. Cayol.—36. **La Rondalla**, V. Pérez Petit.—37. **La casa de las fieras**, J. A. Saldías.—38. **El Grillete**, J. González Castillo.—39. **El último Caudillo**, T. Livio Foppa.—40. **Buenos Aires y A liquidar tocaron**, C. Iglesias Paz.—41. **Los Colombini**, V. Martínez Cuitiño.—42. **Cantos rodados**, F. Imhof.—43. **La Provincianita**, C. Schaefer Gallo.—44. **Un yankee en lo de Ramona**, A. Méndez Caldeira.—15. **La fiera dormida**, R. Hicken.—16. **El** [illegible]**tre desconocido**, C. Schaefer Gallo. — 47. **El Príncipe Heredero**, J. Sán[illegible] Gardel.—48. **El ídolo roto**, P. B. Aquino y **La Cita**, C. Goicoechea.—49. **El Conquistador de lo imprevisto**, D. Novoa y **El abanico**, C. Schaefer Gallo. —50. **La rueda de los inútiles y Sin multa**, R. L. Cayol.—51. **La Flor del Pago**, A. Méndez Caldeira. — 52. **Jesús Nazareno**, E. García Velloso.

AÑO SEGUNDO

53. **Don Cándido Buenafé**, I. Pelay y F. Iriarte.—(Supl. 2) **La Importancia de ser hombre serio**, Oscar Wilde, trad. de A. Remón.—54. **Los derechos de la salud**, F. Sánchez.—55. **El Señor Corregidor**, B. Roldán. y **Hay novedades?** A. Cordone.—56. **¡Adiós Juventud!**, J. de Vedia .—57. **Misia Pancha la Brava, y Cuidado con los ladrones!**, A. Novión.—58.—**Jaque al Rey**, Collazo e Insausti. y **¡Cuidado con las mujeres!**, F. E. Collazo.—59. **La prueba de fuego**, A. Giménez Pastor.—60. **Almas que luchan.** J. L. Pagano.—61. **Instituto Internacional de Señoritas**, E. García Velloso.—(Supl. 3): **El Abanico de Lady Windermere**, Oscar Wilde, trad. de F. J. Bolla. — 62. **El tío Diego**, J. L. Pagano. — 63. **Como la hiedra**, C. Muniagurria. — 64 **La Casa de los Cuervos**, novela de C. Martínez Zuviría arreglo en verso de I. Pelay.[illegible] **Los Contagios**, B. Roldán.—66. **La Montonera y Petit Salón**, J. A. Sa[illegible] 67. **La Leyenda del Kacuy y Las Estaciones**, C. Schaefer Gallo. — (Su[illegible] **Una mujer sin importancia**, Oscar Wilde, trad. de A. Remón.—**La ciudad** [illegible]**la y Pompa de Jabón.** R. L. Cayol.—69. **El Malón Blanco**, V. Martínez Cuitiño.—70 **Salvador**, M. Coronado.—71. **La Dama del Cine**, trad. de J. F. Escobar.—72. **El Cabo Scarmione**, trad. de F. Parravicini.—73. **El Rosal de las Ruinas.** B. Roldán.—(Supl. 5): **La máscara y el rostro**, L. Chiarelli, trad. de de J. F. Escobar.—74. **La Gaucha, La Madriguera, La Tapera.** A. Novión.— 75. **Canción de Primavera**, J. de Maturana.—76. **Crisis Matrimonial**, J. M. Casais.—77. **Nirvana**, J. León Pagano.—78. **Los Millores de Lozano.** A. Vercourt y J. Bever, traduc. de F. J. Bolla.—79. **El Gaucho Judío. La Taba del querer**, C. Schaefer Gallo.—80. **La Ley del Hombre**, V. Pérez Petit.—81. **Mauricio Norton**, B. Roldán.—82. **Perdidos en la luz.** F. Bianchi—83. **Juan Moreira**, E. Gutiérrez.—84. **La Cadena**, E. García Velloso.—85. **Mangacha**, V. Pérez Petit. — 86. **El epiléptico y los Entenados**, J. C. Traversa. — 87. **La Muerta de aquella noche.** R. Cayol y **La ficha Blanca**, I. Pelay—88. **Marco Severi**, R. J. Payró.—89. **Chispas de la Hoguera**, E. G. Velloso.—90. **Cuentos cortos y El Comité**, A. B. Vacarezza. —91. **Amor.** E. Soria.—92. **Noche Buena**, V. Pérez Petit.—93. **Melgarejo**, F. Parravicini.—94. **EL Bronce.** B. Roldán.—95. **El profesor Müller**, R. Hicken. — 96. **Santos Vega.** [illegible]rrera." (Supl. 6) **La Gaviota**, autor Anton Chejof traduc. H. C. [illegible]
97 El clavo de oro, R. J. de Rosa, A. Discépolo, M Folco [illegible]

Imp. D. GURFINKEL. Montevideo 421—Clichés "La Zincográfica". Rivad.